



**La Mujer
Descabellada**

Elmer Ruddenskjrik

Dedicado a Mini Gunter...

Y ahora... que comience la función.

El estupendo título de este cuento se lo debo a Andrésín. Esas tres palabras inspiraron toda la historia, así que...

¡gracias, puto viejo!

LA MUJER DESCABELLADA

por Elmer Ruddenskjrik

Soy el doctor en parapsicología Zamis Knasindaim. En esta ocasión dejaré de lado el estudio sobre los casos sobrenaturales más famosos investigados por otros doctores, médiums o exorcistas... En este nuevo texto, que no sé aún si permitiré que vea la luz, voy a relatar el que es, desde mi punto de vista, el único caso sobrenatural fehaciente, al menos que yo pueda certificar por propia experiencia. Hago esto más como un ejercicio de revulsión: si no desecho las experiencias vividas, creo que me será imposible volver a conciliar un sueño duradero y tranquilo, pues desde entonces, hace ya más de tres años, pesadillas en la noche y absurdos sobresaltos por el día, me tienen siempre con los nervios a flor de piel, en un nivel de crispación tal que ya siento que puedo quebrarme tan fácil como una copa de vidrio bajo la fuerza de una explosión...

A diferencia de lo que suele ocurrir, este caso no llegó a mí traído por la desesperación ante lo desconocido de unas personas aterrorizadas, ni lo vi reflejado en los noticiarios como una serie de sucesos consecutivos y comunes en características y área de afección... ¡Nada de eso! El lugar donde se producían los eventos era una localidad costera en el estado de Maine, por donde mi ayudante y yo acabábamos de hacer una gira de conferencias acerca del famoso (y ya fallecido en el siglo anterior) autor Stephen King y su relación con el multiverso y otros

mitos. A decir verdad, las conferencias no eran más que simples exposiciones de textos, imágenes y clips de películas, y para nada certificaban que Stephen King hubiera tenido contacto con seres sobrenaturales ni con universos paralelos parecidos a los de su famosa saga de la Torre Oscura. Todo era charlatanería... Pero la gente acudía en masa a ese tipo de proclamas, y mi ayudante y yo necesitábamos el dinero ganado en esas conferencias para nuevas investigaciones y expediciones que planeábamos en el futuro, por supuesto... Sí, no me avergüenza reconocer que, a pesar de los avances de la tecnología a lo largo de este siglo XXII, nunca he sido capaz de demostrar como verdadera, comprobable, ninguna clase de circunstancia que se suponía sobrenatural... Ni tampoco creía, bueno, ni creo ahora, que nadie lo haya hecho, ni hoy en día, ni nunca antes...

Como decía, llegamos a la pequeña localidad por empeño de mi joven ayudante, que se había desviado a conducir a lo largo de la costa de Nueva Inglaterra en nuestro regreso al sur, a nuestro natural estado de Nueva Jersey. Cedió ante su argumentación de lo “romántico” que sería hacer aquel viaje juntos, durante aquel sombrío otoño, lluvioso y frío, recorriendo carreteras entre bosques que de improviso se cernían cercanas a acantilados desnudos de negra y filosa roca viva, cruzando luego tranquilos pueblos de nombres ignorados y gentes tranquilas, parando aquí para un café, allá para una frugal cena...

Claro, que eso de “romántico” era una suerte de broma. Ella era demasiado joven, y yo un abuelete, a todos los efectos. ¡Si mi cuerpo fuera el de unas décadas antes, ya se vería dónde quedaba la broma...! Pero en aquel momento, sólo era eso. Un relajado viaje de regreso junto a mi fiel ayudante de 22 años, Laina Nutkis, nuestro robot de montaje y carga, Sit-Bu, desactivado y recogido en la parte de detrás de nuestra anacrónica camioneta, y yo mismo, que, salvo responder con monosílabos aburridos a los intentos de conversar de mi ayudante, no hacía más que dormir, meneando a uno y otro lado mi peluda cabeza, de barba y melena canosas.

Fue tras la que tenía que ser una curva cerrada a la derecha, que Laina habría tomado, digo yo, a demasiada velocidad, que un violento y doloroso tirón de mi cuello hacia la izquierda me sacó al fin de mi sopor, haciéndome abrir los ojos y enderezar la cabeza tras dejarla rodar con desapego hacia delante, como colgando.

—¡Joder, Laina, querida! —protesté, levantándome el sombrero negro de ala estrecha de sobre los párpados—. ¡Conduces como si pilotaras un avión de caza!

—¡Uy, discúlpeme, doctor Zamis! —me contestó sin mirarme, con bastante sorna—. Es que llevo conduciendo desde las dos de la madrugada, y, ya ve qué cosa más tonta, ¡que me muero por desayunar algo y echarme una siesta de uno o dos pares de horas!

—¡Vaya, ahora tiene prisa, la chavala! —gruñí para mí, aunque seguro que lo habría podido oír.

—Pues sí, de repente tengo prisa —estaba claro que sí que me había oído—. Porque la comida que compró usted en aquella gasolinera, doctor, es basura, comida reciclada de nivel 3, nada menos...

—Es que era más barata, y no estamos para gastos... —intenté interrumpirla.

—... y para colmo no podemos turnarnos al volante porque a usted le da miedo conducir —concluyó ella, ignorándome.

—No es simplemente que me dé miedo... —volví a intentar defenderme—. Sé los conceptos básicos, sí, pero nunca conseguí sacarme la licencia para conducir...

—Y mientras tanto tengo que irte escuchando roncar, ahí, a pata suelta, toda la noche —añadió, dejando de lado el falso e irónico tono de respeto, tras mirarme un momento con una media sonrisa.

—¿Pero qué te pasa, Laina? —gruñí de nuevo, mientras volvía a encoger las piernas y a incorporarme como se debía en el asiento. Sentía el cuerpo agarrotado, entumecido, como si

fuera un mantecado al que un puño cruel hubiera apretado hasta formar de mí una densa pasta —. Tú te empeñaste en hacer el viaje más largo, a lo largo de la costa...

—Sí, inteligentísimo señor doctor, pero para ver la costa de Nueva Inglaterra, y sus paisajes. ¿Me puedes decir qué mierda voy a ver si tengo que conducir de noche?

—Bueno, sólo ha sido una noche, los dos días anteriores habrás visto todo lo que habrás querido...

—Sí, hasta ahora ha sido un viaje de lo más agradable, entre tus constantes quejas de lo que íbamos a tardar en volver y los largos ratos de constante roncar cuando te dormías.

¿Cómo puedes dormir tanto, por cierto? ¿Eso es lo que haces en casa?

—En casa hago lo que me da la gana... —le contesté sin acritud ninguna. Me incliné hacia delante, apoyándome con ambas manos sobre el salpicadero, y todo, al ver aparecer al final de una larga carretera recta, entre árboles altos y secos, el pueblo al que Laina se moría por llegar—. ¿Quieres parar allí?

El “allí” sonó bastante... cómo decirlo... no podría decir con exactitud que asqueado... no, era más bien espantado. Laina me miró varias veces, sin dejar de prestar atención a la carretera.

—¿Por? ¿Qué pasa, Zamis? —quiso saber, al fin.

—¿Que qué pasa? —repuse con el tono espantado aún pegado a las cuerdas vocales, tal que si una telaraña impregnada de cuerpecitos secos de insectos embotando una estrecha cañería se tratara—. ¿No lo ves, lo que pasa? ¿No ves el bosque muerto pese a salvaje cerniéndose alrededor de esos viejos chamizos que tienen por edificios? ¿No ves el anguloso filo de los altos tejados, que se inclinan tanto hacia el centro de las calles como a los lados, en precario equilibrio que parece haber ideado un arquitecto demente? ¿No ves la bruma que se esparce alrededor y por en medio, en la forma de densos jirones estáticos? ¿La desolación y quietud de sus calles? ¿La mugre y lo desvaído de las cortinas tras los polvorientos cristales

de cada hogar? ¿La apariencia de abandono general? Si aquí queda alguien, dudo mucho que sea una compañía agradable, y mucho menos agradable será la clase de hospedaje y alimentos que nos puedan ofrecer... La comida reciclada de nivel 3 al menos tiene una garantía de nutrición y salubridad a la que dudo mucho que se puedan acercar los productos rurales, sean de la clase que sean...

—¡Oh, vamos, Zamis! —despejó Laina, moviendo una mano como si apartara un ligero globo hinchado lanzado hacia su cara—. Los árboles son los mismos que llevamos viendo toda la gira, pero con su aspecto del final del otoño. La arquitectura es la propia de un pueblo inalterado de Nueva Inglaterra, Zamis. La bruma es común en pueblos cercanos a la costa, en latitudes bajas y sobre todo a estas horas de la mañana, que apenas está saliendo el sol, hombre... No hay nadie por las calles porque son las siete y pico de la mañana... ¡de un domingo! En un pueblo, donde no hay centros comerciales ni grandes oficinas a donde la gente deba acudir a trabajar, ¿recuerdas, señor doctor? Lo que dices que es polvo en los cristales no es más que una densa capa de vaho, que apaga los colores de lo poco que se ve detrás. Y la comida... mira, si quieres seguir comiendo tu saludable comida reciclada, ¡aquí tienes la mía!

Y me tiró al regazo la barra de pasta de carbohidratos abierta y mordida que debía tener en su guantera de la puerta. La empuñé con mi diestra tras hurgar entre mis piernas, donde se me había colado, y sin haberme molestado lo más mínimo, le pegué un buen mordisco, mirando a Laina. Estaba asquerosa, como siempre. La barra de carbohidratos, digo.

Laina condujo la camioneta a baja velocidad, casi como si no quisiera que el grave ronroneo del motor pudiera molestar a la vecindad (que, si alguien me hubiera preguntado, yo hubiera dado por inexistente, en ese momento). Siguió la serpenteante calle principal que parecía ir a recorrer entero el pueblecito y al final aparcó junto a lo que se anunciaba como un hostel, en las gastadas letras rubricadas en pintura que algún día pretendió ser del color del

oro sobre una tabla de madera irregular colgada de una barra horizontal por dos cadenas; el viejo cartel ni siquiera ofrecía un nombre, tan sólo decía eso, “HOSTAL”, con letras bien grandes. Me dio por pensar que no parecía el tipo de sitio que pudiera llamarse una gran localidad, pero que la densidad y número de las pequeñas viviendas y locales no hacían adivinar muy próxima la salida. Bastante más grande que todos los demás pueblos que habíamos recorrido hasta el momento: dos.

—Laina —le dije, poniéndole mi mano izquierda sobre el antebrazo de su diestra, que acababa de poner la palanca de transmisión automática de la camioneta en punto muerto. Mi mano derecha aún sujetaba la mitad de la barrita de carbohidratos, por supuesto. Ella me miró, con el ceño fruncido y una media sonrisa—. ¿Seguro que quieres parar aquí, bajarte de la “furgo”, entrar en este lugar que finge ser un hostel y pedir ahí tu desayuno al probable fantasma que salga a saludarte?

—Para ser doctor en parapsicología eres “un poco demasiado” asustadizo, ¿no? —se libró de mi mano al tiempo que abría la puerta y ponía fuera ambos pies—. ¿Quieres que activemos a Sit-Bu, para puedas entrar agazapado tras su tolva de ruedas? ¿O te vale con la protección de una pequeña pero atractiva jovencita cinturón azul de judo?

—Ya estás dejando de ser una jovencita —le dije en tono neutro, para fastidiarla, mientras abría la puerta de mi lado—. ¿Y desde cuándo sabes tú judo, de ese?

—No sabes todo de mi vida, hombre.

—¿Y de qué sirve el judo contra los fantasmas, querida?

—¿Activamos a Sit-Bu, o no? —insistió ella con la broma.

—Anda, vamos, llama de una vez —la animé, siguiéndola al subir los tres escalones hasta la puerta cerrada.

Tras el cristal (que tan de cerca a mí me parecía polvoriento), sólo se veía oscuridad entre los pliegues regulares de unos visillos dispuestos a ambos lados, recogidos en la forma de

sendas e hinchadas curvas hacia arriba, enfrentadas. Pese al polvo, yo los veía amarilleados por el tiempo desde un (seguro) color blanco original. No había timbre, y el lugar donde debía haber colgado una pequeña campana, sobre la esquina superior derecha del marco de la puerta, permanecía enhiesta aunque oxidada una pequeña barrita terminada en un adorno esférico del tamaño de una canica común.

—Habrás que usar el viejo y ya en completo desuso método del “nudillismo” —anunció Laina levantando su puño derecho ya cerrado, mientras yo aún miraba el lugar de la extinta campanilla para llamar, con la boca abierta de estupor, embriagado como estaba de desesperanza ante la segura ausencia de todas las comodidades que ofrecía la vida moderna en aquel lugar—. ¡Qué cara traes, hijo! Voy a llamar... Mira, voy a llamar. ¡Es el fin!

—¡Llama! ¡Llama de una vez! —dije impaciente ya, de tanto que se alargaba aquello.

Al fin, sin dejar de mirarme con su media sonrisa, aproximó el dorso de su mano a la puerta, con su codo formando ante ella un casi perfecto ángulo recto, y la muñeca presta a ejecutar una serie de leves giros para hacer golpear sus nudillos contra la madera antigua... pero sólo pudo hacer un giro acertando a hacer algún ruido, porque al primer golpe, la puerta se movió hacia el interior.

Aunque el golpe del puño de Laina había sido bastante lánguido, la puerta empezó un largo recorrido hasta abrirse a medias. Y digo largo porque ante nuestra sorpresa, la puerta se movía muuuy lenta y con un sonoro crujir de sus bisagras, tan fuerte y continuado que casi parecía la grave voz metálica de algún viejo robot tratando de comunicarse por un altavoz con el cono roto. Al mismo tiempo, del interior nos llegó (bueno, sobre todo a Laina) una densa vaharada de polvo seco. Ver cómo todas aquellas minúsculas partículas (cabalgadas, con toda probabilidad, por vaya uno a saber qué clase de ácaros mutantes) revoloteaban ante el rostro de Laina y alrededor de su corta y plastificada melena morada (que bien podía pasar por un casco rígido y de liso tacto), fue suficiente para, por mera solidaridad psicosomática,

ponerme a toser de manera descacharrada mientras retrocedía hacia el lado izquierdo de la entrada con dos rápidos y largos pasos, en tanto que mi fiel y estoica ayudante se mantenía impávida, valiente, ante el espray de serrín y células muertas (de vaya uno a saber qué clase de ser y en qué estado) que ella recibía con los ojos como platos y la pequeña boca (de finos labios también pintados del mismo morado de textura de plástico) entreabierta. Por poco me dejo llevar por un arrebato de sincera preocupación ante el suceso, pero antes de poder decir nada, Laina volvió hacia mí su media sonrisa.

—Pero, ¿qué te pasa, Zamis? Que no va a salir por la puerta ningún muerto viviente...

Y al tiempo que ella acababa por decirme esto, con su acostumbrada y cruel socarronería (la cual, como ya habrá podido comprobar el lector, no hacía en mí mella alguna), yo me pegaba otro pequeño saltito, a pies juntillas esta vez, y con las manos levantadas ante mí (la barrita de carbohidratos aún bien firme y aplastada entre mis dedos índice y pulgar) como presto a empujar lejos los horrores que sobrevendrían junto a aquella visión: la de un rostro ceniciento, de ojos hundidos, casi única ceja cruzando el ceño, pómulos altos y pronunciados, mejillas cóncavas y mandíbula prominente; un careto más largo que ancho, y que parecía sufrir un tipo de avanzada y desmadrada alopecia, con aquellos pelos grises, escasos y retorcidos alrededor de la cara, débiles en su anclaje al bastante desnudo cuero cabelludo. El ser tenía la boca entreabierta como cogiendo aire para decir algo, o preparando un mordisco que se adivinaba doloroso e infeccioso, vistas las irregularidades de su amarillenta y algo equina dentadura. Me parecía un auténtico muerto viviente, y cuando Laina siguió la dirección de mi aterrada mirada, ella misma retrocedió.

—¡Ay, Dios! —se inclinó entera hacia delante, echándose ambas manos al pecho—
¡Joder, qué susto! ¡Discúlpeme, qué susto, hombre...!

—¿Qué demonios quieren, forasteros? —la interrumpió el rostro del muerto viviente. Digo “el rostro”, sí, porque eso parecía, una cara cadavérica suspendida en medio de la oscuridad — ¿Les parecen horas de venir a molestar?

Su voz sonaba como si hiciera años que por su garganta no circulaba la saliva, y no digamos ya el aire necesario para producir las palabras. De algún modo, mi imaginación se empeñaba en mostrarme cómo la nube de polvo arrojada segundos antes sobre la cabeza de Laina habría salido en realidad del fondo de la garganta del muerto viviente, al disponerse a hablar por primera vez desde a saber hacía cuánto... Una repentina arcada que intenté disimular estuvo a punto de hacer efecto dominó y llevarme a expulsar lo poco que había ingerido; le pegué un ansioso ñasco a la barrita, el envoltorio apretado y abierto entre mis dedos como una triste y pocha flor de aluminio. Salivé lo mínimo y tragué, empujando el prelude de vómito de nuevo al interior. No dejaba de mirar las caras de Laina y el muerto viviente, mientras tanto, inquieto por ver a dónde nos llevaría el delirante diálogo.

—¡Oiga, qué maneras de tratar a unos clientes! —se cuadró enseguida mi compañera, poniendo los brazos en jarras. Su traje gris de una sola pieza que fingía ser de dos (chaqueta y pantalones) crujió en su brillante textura de duro tejido sintético. La verdad es que todo el aspecto plástico de mi compañera la hacía parecer una muñeca a escala humana. Pero no lo era, claro— ¿Es que no es esto un hostel? ¿No es lo que anuncian aquí arriba?

—¿Vienen para hospedarse? —titubeó el rostro flotante.

—Para desayunar, por lo menos —repuso Laina con un largo suspiro, mirándome de nuevo—. Sirven desayunos, ¿no?

—Discúlpennos, es que últimamente no tenemos muchos clientes —empezó a excusarse el muerto viviente, para mi sorpresa, mientras retrocedía hacia la oscuridad, desapareciendo de nuestra vista, al tiempo que la puerta se abría desde su mitad a de par en par—. Hace mucho,

pero muuuucho que no vienen turistas. Por su aspecto deduzco que deben ser ustedes canadienses, ¿me equivoco?

—¿Canadienses? —repitió Laina, mientras me hacía ademanes para que me acercara y la siguiera al interior. Su gesto era de severidad, como reprendiendo mi actitud infantil—. Somos de Nueva Jersey de toda la vida. Los dos.

—¡Oh! Disculpenme, es que no estamos muy al tanto de la moda, fuera del pueblo, y como visten tan raro... sobre todo usted, señorita...

Me acerqué a la puerta y pude ver al hombre, flaco, encorvado, bastante alto, avanzando al fondo de una penumbra entre la que se distinguían una corta barra con forma de “ele” con un par de taburetes enfrente. Parecía una versión empobrecida de una barra típica de salón del salvaje oeste. Laina le seguía unos pasos por detrás, examinando todo el interior, que no consistía más que en un par de mesas a cada lado, con un par de sillas viejas de madera recogidas bajo cada una de ellas. El espacio era tan reducido que enseguida decidí que nadie podría retirar lo bastante una silla para hacerse el sitio suficiente y sentarse. Mientras yo apreciaba la cantidad de polvo que lo cubría todo, por el rabillo del ojo vigilaba al muerto viviente, que rodeó por la izquierda la barra, pasó por la estrecha abertura y se volvió hacia nosotros. Laina se acercó lo suficiente a la barra como para apoyar una mano y retirarla enseguida al sentir toda la porquería acumulada encima. Yo me detuve detrás de ella, mirando por encima de su hombro (pese a mi mayor estatura).

—No se preocupe —quiso tranquilizarla enseguida el muerto viviente, viendo que se sacudía la mano con la otra—. Mientras mi mujer les prepara algo, yo pondré esto en orden. A no ser que prefieran una de las mesas...

El hombre señaló hacia las del lado de su derecha, tras nosotros. Su brazo largo y seco, envuelto en esa camisa cuyo color era (en aquella oscuridad) el de un periódico orinado, se extendía con la mano abierta como de ir a dar a alguien un bofetón. Laina siguió con la

mirada hacia dónde señalaba. A mí no me hacía ninguna falta, así que, sin dejar de mirarle a su horrenda cara de muerto, le contesté, hablando por primera vez con él.

—¡Oh, no, señor, muy amable! ¡Nada de eso! ¿Verdad, Laina, querida? Nada nos gusta más que desayunar aquí sobre una barra recién limpiada, ¿verdad que sí, querida? ¿A que sí? —le instaba a contestar a ella, estrujándole un hombro con ansia, haciendo crujir y chirriar el duro sintético de su traje.

—¡Que sí, hombre, aquí mismo! ¡Deja ya de frotar que me vas a hacer fuego! —exclamó, desembarazándose de mí de un leve codazo en mi esternón.

—Iré a avisarla, esperen un minutito, ¿de acuerdo? —nos previno el muerto viviente.

—¡Claro, buen hombre! ¡Me muero de ganas de comer caliente! —le animó Laina, sacudiendo la cabeza en afirmación.

El tipo entornó los ojos hacia Laina un momento, justo en el instante en que ella se volvía a sonreírme satisfecha. Parecía estudiarla con suspicacia e incluso tener ganas de responderle algo. No supe en ese momento qué le pasaba, pero me había puesto los pelos de punta su expresión, y en cuanto desapareció por la puerta aún más oscura del fondo, así se lo hice saber a mi compañera.

—Laina, hija. Sabes de sobra que por mucho que proteste siempre acabo cediendo a tus devenires. Pero creo, con toda sinceridad, que este no es buen lugar para tomar ningún desayuno. Dejemos de lado toda la mugre y posibles infecciones que llegarían del probable tajo de un cubierto lleno de óxido o impregnado de restos de comida de hace unas décadas atrás. Dijiste que por la puerta no iba a salir ningún muerto viviente y esto es, exactamente, lo que se nos ha aparecido fingiendo ser un posadero de los de antes...

—Zamis... Tengo hambre. Sabes que siempre gozo de buen humor, incluso en las peores circunstancias... Pero pasar sin comer... sin comida de verdad, obviamente... eso no, ¿eh? Eso... no —su sonrisa se relajó un poco, como si empezara a cansarse por fin de oír mis

quejas—. Y parece mentira el modo en que faltas al respeto a la gente sencilla de las afueras, Zamis. Que eres investigador de lo paranormal, se supone... ¡Un poco de entereza, hombre!

Era consciente de que estaba exagerando, pero no en vano, pues el lugar y el mismo posadero se me antojaban inquietantes, insanos, antinaturales, casi sobrenaturales, y por mucho que me hubiera pasado la vida persiguiendo fantasmas o criaturas míticas, no estaba preparado para esa repentina bofetada de lúgubre melancolía casi decimonónica que se desprendía de aquella localidad. Y pensando en el aspecto y naturaleza del pueblo mismo, se me ocurrió que no tenía ni idea de dónde estábamos.

—Oye, Laina, tú que eras la que conducías, ¿sabes dónde estamos? —le pregunté, intentando desviar su atención de mí mismo—. Es decir, ¿qué pueblo es éste?

—Pues no lo sé, hombre, en el GPS del móvil no aparece, y como no quisiste comprar un mapa en ninguna gasolinera...

—¿Para qué, teniendo GPS en los móviles? —me tuve que volver a defender.

—Pues mira el tuyo, a ver si es que lo tengo sin actualizar...

—Pues a ver... —saqué mi móvil barato, en el que sobre todo no hacía más que ver en diferido las últimas ediciones del “reality show” Apocalipsis Zombi. Intenté activar el mapa, pero el trasto me respondió con un aviso de “señal incapacitada”—. ¡Pone “señal incapacitada”!

—¿Ein? —hizo Laina, acercándose a mirar la pantallita—. Será que no sabes usarlo, Zamis. A ver con el mío... —sacó su propio teléfono y lo alzo junto al mío—. Nada, es verdad. Señal incapacitada, incluso para hacer llamadas, tronco.

—¿Es o no es esto propio de película de terror? —insistí sin poder reprimirme.

—¡¡Qué demonios están haciendo, petimetres!! —El hombre alto de piel cenicienta surgió como aparecido de más allá de la puerta por la que se había ido, gritándonos así—. ¡¡No usen en este lugar tales aparetejos, inconscientes!!

—¡Oiga, oiga! ¿Qué aparatejos? ¡Son nuestros móviles! —protestaba Laina alzando el suyo mientras yo me apresuraba a guardarme el mío— ¡¿Qué le pasa, hombre, para gritar así?!

—¡Les digo que se deshagan de inmediato de esos chismes! —insistía el hombre, hablando aún demasiado alto—. ¡Apáguenlos inmediatamente o lárquense con ellos de aquí!

—¡Tranquilícese, ni siquiera funcionan! ¿Lo ve? ¡No hay señal! —Laina dirigía hacia él la pantalla de su móvil, pero el hombre apenas cruzó sus ojos vacilantes sobre ella ni un segundo.

—¡Me da igual! ¿Saben? ¡De todos modos aquí ya no aceptamos a los de su clase! —dijo señalando a Laina pero mirándome a mí—. ¡Se acabó, señor! ¡Tiene que llevársela!

—¿Los de mi clase? —repitió ella, mirándonos a uno y a otro, como si yo estuviera entendiendo de qué hablaba el muerto viviente y estuviera metido en el ajo. Yo le negué con la cabeza, para que le quedara claro.

—¡Sí! ¡Los malditos robots! ¡Aquí no queremos androides! ¡Aunque sean robot-pelandruscas de gama baja!

—Señor... —me animé a decir al fin, ofendido por lo que estaba diciendo de Laina. Con voz muy tranquila, a pesar de todo—. Mi compañera no es un robot. Es una chica real, señor. ¿De qué está hablando?

—¿¡¡Se cree que soy estúpido!!? —rugió el carcamal. Bueno, yo tampoco soy un chaval, pero ese tipo parecía tener doscientos años de vida— ¡Se ve a la legua que esa cabeza está hecha de algún tipo de plástico que imita la piel humana! ¡Sé muy bien para qué usa usted a “esta” robot, majadero!

—Oiga, señor —empezó Laina, muy calmada, y como asumiendo la confusión—. Hace como cien años que se prohibieron los robots de aspecto y conducta humanos. Es ilegal

fabricarlos y no digamos ya venderlos. Comprendo que, viviendo en el campo, no estén al tanto...

El hombre parecía confuso, y no dejaba de mirarnos a ambos, mientras Laina se explicaba. Al final alzó un dedo tembloroso hacia la cabeza de Laina.

—¿Entonces, ese pelo brillante y esa boca tan falsa, qué? —se mantuvo en sus trece el tipo, aunque con menos decisión.

—Joder... —Laina se empezó a hurgar en el labio inferior con una de sus largas uñas moradas (por cierto, también con un aspecto de lo más plástico). Acertó a levantar un poco del cosmético plástico que se lo recubría y tiró de ello, levantándose en una sola pieza, como si fuera una pegatina. Qué cosa más asquerosa, la verdad—. ¿Lo ve? Sólo son cosméticos modernos, de la más alta tecnología. Toque, toque, si no me cree...

Se acercó hasta la barra para ofrecer su cara al muerto viviente, que dirigió su dedo tembloroso hacia ella, hasta tocarle el labio desnudo. Todavía hoy no comprendo cómo mi compañera podía tener tan poco escrúpulo como para dejar que le tocara la boca un ser tan polvoriento.

—¡Pues...! ¡Es humana, sí! —decía el tipo, usando además el pulgar para pellizcarle el labio por el centro mientras sus otros dedos se estiraban para frotarle la mejilla.

—¡Bueno, bueno, no se pase tocando, que las manos van al pan! —le regañó ella, apartándose al fin. Qué angustia me estaban haciendo pasar los dos con sus extrañas actitudes—. ¿Todavía quiere que nos vayamos o sigue en pie lo de darnos de desayunar?

El muerto viviente hizo un largo sonido que sonaba como el crujir de una puerta que se cierra lenta escuchado a través de un estrecho agujerito desde dentro de una caja. Su mandíbula inferior se mantuvo suelta mientras se lo pensaba rugiendo de esa patética manera, mirándonos a los dos con los ojos bien abiertos. Se me ocurrió que parecía él un robot y que nos pedía con miraditas un cambio rápido de baterías... antes de ir a morir del todo.

—Bueno... —se arrancó al fin, poniendo con suavidad una mano sobre la tabla de la barra, y empezando a tamborilear sobre ella con la palma, de manera inaudible—, mi mujer ya está preparándoles algo, así que... supongo que pueden quedarse.

—¡Vaya! ¡Gracias, de verdad que gracias, buen hombre!

Laina le hizo dos reverencias y todo, al estilo japonés, antes de volverse hacia mí y encogerse de hombros. De pronto pareció acordarse de algo y se giró de nuevo hacia el muerto viviente.

—Discúlpeme, buen hombre, pero no sabemos dónde estamos... —le explicó.

—En la parte septentrional y más oriental del estado de Maine, señorita...

—Oiga, no estamos tan perdidos... Quiero decir, ¿cuál es el nombre de esta acogedora localidad?

—¿Está siendo sarcástica, ahora?

—En absoluto.

—Están ustedes en el antaño orgulloso pueblo de Havenrock, en North Havenrock, para ser más precisos...

—¿Entonces hay un South Havenrock? —me quise meter.

—¡No, señor, no hay ningún South Havenrock! —me respondió en un furioso grito el muerto viviente, estrujando su larga cara gris.

Laina y yo nos miramos. Creo que mi expresión debía de ser de auténtico espanto (al menos esa era mi emoción predominante en ese momento), pero Laina tenía una cómica cara de circunstancia, con las cejas levantadas y la boca torcida por sus comisuras hacia abajo. Sin dejar de mirarme abrió la boca para empezar a hablar muy despacio, haciendo ver que hacía falta un completo cambio de tema de conversación.

—Bueeeeno, ¡qué bien huele a tostadas!

—Mi mujer les está preparando un desayuno americano de la mejor calidad —expresó el hombre, pasando un paño remojado en agua por toda la barra. Un grueso borde de polvo enrollado se acumuló enseguida alrededor del trapo, pero el hombre ni se molestó en enjugarlo: empujó sin más toda la porquería hasta dejarla caer varias veces por su lado de la barra... hacia sus pies, lo más seguro—. ¿Quieren una habitación, o se van a ir tras el desayuno?

—Pues... —dudó Laina, y siguió hablando con el hombre, como si yo no existiera—. Estoy muerta de cansancio, quizá podríamos quedarnos hasta mañana por la mañana, y seguir el viaje entonces...

—¡Pero Laina! ¿Todo un día perdido, aquí? —protesté.

—Oye, Zamis, que yo necesito dormir, al menos hasta mediodía. Tú puedes dedicarte a hacer turismo o lo que te dé la gana. Podías mirar qué le pasa a Sit-Bu con las actualizaciones, que siempre dice que no se las puede descargar...

—Deberían irse tras tomar el desayuno... —la interrumpió el muerto viviente.

—¿Qué? —exclamó ella.

—Vaya, gracias —le agradecí al buen hombre.

—Ah, muy bien. No sé qué clase de posadero invita a irse a sus clientes, pero mire, nos vamos a quedar. Porque lo necesito.

—Entonces... —dudó el hombre, llevándose la mano libre a la barbilla—, ¿les preparo una cama de matrimonio?

—¡No! —gritó Laina, sonriendo de nuevo—. Por favor, hombre, ¡que no nos acostamos juntos! ¿Se entera ya? Dos cuartos separados, si es posible... Sólo estaremos hasta mañana por la mañana, así que no ponga esa cara de fastidio, ¿quiere?

—No hace falta ser tan efusiva con lo de que no nos acostamos juntos... —añadí en esa pausa en que nadie hablaba.

—Sí hace falta... —contestó Laina mirándome de reojo.

—Tomen asiento —nos invitó el muerto viviente resoplando, mientras acababa de limpiar dos de los taburetes con su trapo roñoso. A lo mejor era cosa mía, pero parecía que le molestaba nuestra conversación—. El desayuno ya estará a punto. Enseguida lo sirvo.

Nos sentamos los dos. La superficie de la barra de madera ahora se veía brillante, cubierta de una buena capa de barniz que reflejaba por todas partes la luz del día que ya empezaba a reinar fuera. Miré detrás de mí, a mi alrededor. Todo estaba polvoriento, pero no era nada lúgubre con la luz solar que entraba por la ventana lateral y la de la puerta. Me sentí algo confortado, sobre todo con el olor a pan tostado, huevos fritos naturales y bacon que venía desde más allá de de la puerta a la oscuridad.

Laina empezó a mirar su móvil. Creí que estaría mirando información sobre North Havenrock o repasando sus mensajes, pero no: estaba dándole a un nostálgico videojuego de puzzles. Tenía el pulgar de su diestra engarfiado sobre la pantalla, pero sin tocarla; el rostro serio, las tintadas cejas moradas fruncidas en profunda reflexión. Concentrada, la tía. Me miré mi propia mano derecha: la barrita de carbohidratos estaba ahí, apretujada entre mis dedos calientes y regordetes, rezumando entre el papel de aluminio. La envolví un poco como pude con el envoltorio rasgado y me la guardé en un bolsillo de mi pardusca chaqueta de tejido sintético que imitaba la piel de oveja. No tenía pensado seguir masticando aquella porquería con aquel olor a próxima comida de verdad haciéndome salivar, preparando mis muy desusadas papilas gustativas para un desacostumbrado placer.

—¡Oye! ¿No te terminas tu comida reciclada? —me recriminó mi ayudante, sin dejar de mirar su móvil.

—No, Laina, no voy a llenarme el estómago con esto si vamos a desayunar aquí. Es de mala educación dejarse algo en un plato...

—Sabes que no te voy a invitar, ¿no? Tengo menos dinero que tú, rata de los cojones... Tú gestionas todo el dinero que ganamos con las conferencias, ¿se puede saber para qué lo guardas tanto, siempre?

—Verás, Laina, cuando un hombre tiene mi edad, empieza a preocuparse por cómo va a ser su vejez... Uno, que va ahorrando lo que puede... No quiero tener que depender de mi pensión como profesor de la universidad lo que me quede de vida...

—¿Qué?! —por fin me miró, sonriendo, incrédula— ¡Pero si tienes un sueldo cojonudo, tú! Y tu pensión no creo que vaya a ser mala, tampoco. Has sido uno de los dos refundadores del laboratorio de investigación de anomalías en ingeniería de Princeton... ¡después de que se hubiera clausurado hace más de doscientos años! Siempre andas lloriqueando y quejándote de la financiación, pero la universidad te deja hacer lo que quieres, Zamis.

—Muchos otros licenciados nos toman por locos, Laina. No quieren ver más allá. No quieren abrirse al misterio...

—Bueno, ¿y qué esperabas cuando empezaste a especializarte en la parapsicología? No sé tú, pero yo estoy en esto por vocación... No por la fama... y por el dinero, vamos... sería estúpida si pensara así. De todos modos, no he notado nunca ningún rechazo ni comentario despectivo. Es más, diría casi que la gente del campus nos tiene un respeto que raya en el miedo...

—Bueno, eso será —empecé a confesar resoplando— porque mi hermano mayor es el decano desde hace más de cuarenta años.

—¿Qué? ¿El decano Skondgred es tu hermanooo? —casi gritó Laina—. ¡Pero si ni os apellidáis igual, hombre!

—Yo uso el apellido de nuestra madre.

—¿Para evitar que os relacionen?

—No, porque Skondgred suena como el estornudo de un tísico terminal...

—Ahora entiendo muchas cosas...

—Por favor, ahórrate tu condescendencia...

—¿Mi condescendencia? —se rió ella.

—¡Oh, aquí llega la buena comida! —la conseguí interrumpir. Mi hermano no era, ni será nunca, un tema de mi gusto— ¡Qué buena pinta!

—Sí —dijo el muerto viviente, como contagiado de nuestro propio entusiasmo, con un plato en cada mano. Los puso ante nosotros—. Aguarden. Los cubiertos. Es la falta de costumbre, ya...

Volvió a irse por la puerta hacia la oscuridad. Yo aproveché para echarle un suspicaz ojo al contenido del sándwich tostado que tenía en el plato, al que acompañaban a un lado unas hebras retorcidas y amarillas, algo secas, que de primeras no sabía qué eran. Bajo el pan, había algo que parecían queso y jamón de york, pero no me creía que de veras pudieran serlo...

—Lo amarillo son huevos revueltos, Zamis —me explicó Laina cuando ya había soltado el pan y empujaba con una uña algunas de las hebras. Al ver aparecer al hombre con un par de cubiertos en cada mano, Laina se dirigió de nuevo a él—. ¿No va a salir la cocinera, para que podamos agradecerle?

—¡Mi mujer se encuentra indispuesta! —rezongó el hombre, tirándonos a cada uno junto a los platos aquellos cubiertos. Parecían lustrados. A medias.

—¡Oiga! ¿Pero qué le pasa? ¿No acaba de cocinar esto? —quiso saber la joven inquisidora de mi ayudante.

—¡Pre... precisamente! —tartamudeó el muerto viviente— ¡Se había levantado de muy mala gana para hacerles a ustedes su comida, y es más, acaba de prepararles sus habitaciones, y ustedes además quieren incordiarla con conversaciones triviales y falsos halagos, con todo el descanso que ella ahora necesita!

—¡Oiga, hombre, no se ponga así! Que sólo preguntaba...

—Sólo preguntaba... —desdeñó el hombre, meneando una mano en un gesto de desprecio.

Su tensión muscular me daba la impresión de que le haría romperse como una estatua de hielo—. Cuando acaben de comer, pueden pasar a sus habitaciones saliendo por la misma puerta por la que entraron y subiendo por la escalera detrás de la casa hasta la primera planta. Allí arriba encontrarán un pasillo con las habitaciones numeradas. Son la “1” —Se hurgó en un bolsillo trasero de sus pantalones un momento y me puso una vulgar llave con un ornamentado y gran llavero con el número serigrafiado junto a los cubiertos, que yo aún no había tocado— y la “3”.

El llavero de la habitación tres se lo tiró a Laina sobre la barra, como si le causara repulsión acercarse a ella. Ese estaba como partido por la mitad, sólo se veía la parte superior del “3”.

—Bueno... pues vamos a comer, que buena falta me hace —sentenció Laina con lentitud y un registro grave de la voz, mirando a los ojos al muerto viviente con un gesto de desafío. Supe de inmediato que por fin estaba enfadada de verdad, y el hombre flaco y nervioso incluso echó atrás la cabeza, como si el mismo Diablo le hubiera lanzado una peineta de connotaciones postreras—. Si nos dice cuánto será todo... Pues le pagamos ya y no tendremos que tratarnos más hasta nuestra partida.

El hombre se tranquilizó un momento desviando su atención hacia mí. Se apoyó en la barra alargando de manera muy lenta los brazos alrededor de mi plato de comida. Me sentí muy violento con ese gesto suyo: aunque se mantenía erguido, estaba seguro de que me escupiría microscópicos salivazos al hablar o algo de caspa de su cuero cabelludo al menearse. Tenía entrecerrados los ojos, los brillos de sus pupilas perdidos más allá de ninguna parte, y la mandíbula masticando algo invisible y diminuto. Quizá una cucaracha.

Tras este pequeño periodo de reflexión (muy profunda, al parecer), el tipo abrió la boca y me susurró

—Serían unos... cuarenta dólares, redondeando a la baja.

echándome un aliento frío y con un pegajoso y húmedo regusto agrio. Retrocedí medio paso, pero sin dejar de apoyarme como él en la barra, aunque con las manos más cerca del plato. Sentía una especie de rivalidad territorial sobre la comida, en ese momento.

—¿A la baja? Hombre, por favor... —empecé a protestar.

—Joder, Zamis, ¡págale! —me riñó Laina, molesta también conmigo—. Toma, los veinte de mi parte, cojones.

Los arrojó hacia nosotros sobre la barra: un par de billetes de cinco dólares con la cara del presidente del siglo XXI, Barack Obama, y uno de diez con la sonriente faz alargada de nuestro presidente de hoy en día, Don Wu Lian Xoianjong. Arrugados unos contra otros, tras rebotar sobre la barra empezaron a abrirse a sacudidas, como flores a la luz solar. Los agarré enseguida procurando no rozar siquiera la mano apoyada del muerto viviente, y los uní a otros dos míos de diez, bien dobladitos, recién sacados de mi cartera. Los puse todos, lo más planos posible, sobre la madera y los acerqué hacia el hombre deslizándolos con el índice, despacio. Arrugué la boca, sabiendo que con mi espesa barba ese gesto me daba un aspecto algo feroz, como de persona airada, esperando poder parecerle tan enfadado como mi ayudante. Al mirarle, el hombre tenía la cara truncada en un gesto de auténtica reprobación, un ojo mas abierto que otro y la mandíbula tensa. Me sobrecogí, pero enseguida cogió los billetes y se retiró por la puerta de oscuridad sin decir nada.

—Vendría bien una factura —murmuré cuando me pareció que ya no podría oírme.

—Eres un rata. Espero que al menos puedas disfrutar de esta comida —me espetó Laina, que estaba ya probando los supuestos huevos revueltos—. Joder, está rico. Y calentito...

—El olor de este jamón con el pan me hizo creer que nos estaban preparando bacon.

Hace... años, creo, que no pruebo el bacon.

—Si querías bacon, habérselo pedido, Zamis.

—Es mejor que no, el médico me lo prohibió. Cosas del colesterol, o no sé qué.

—Ajá.

Comimos sin decir nada más, e incluso sin interrupciones del muerto viviente. Todo estaba bueno, y si eran sucedáneos con colorantes y saborizantes de lo que pretendían ser, no se notaba. Laina suspiró varias veces de auténtico placer y alivio mientras se comía el sandwich con sus propias manos. Yo preferí usar todo el tiempo los cubiertos, no quería llenarme los dedos de esas molestas migas duras del pan tostado, aunque tampoco permití que mis labios ni lengua tocaran los añejos metales. Dejaba caer con hábil destreza la comida hacia mis labios o la retiraba del tenedor usando tan sólo los dientes, sacándoles así algún ocasional chirrido.

Laina terminó antes que yo, y pasó por detrás de mí para ir a meterse tras la barra, mientras me afanaba por empujar con el cuchillo sobre los dientes del tenedor lo que me quedaba de los huevos revueltos.

—Ofye, ¿qufé hafes? —inquirí, con el último pedazo de bocadillo a medio masticar en la boca.

—No nos ha ofrecido nada para beber, el mendrugo ese. Voy a coger un poco de agua.
¡Mira, aquí hay vasos!

—Yo quiero agua, pero no sé cómo estarán esos vasos, visto lo visto.

—Los voy a aclarar, Zamis. Sólo tienen polvo.

—¿Y si vuelve el tipo? —quise prevenir.

—Que le jodan, hombre. Sólo estoy cogiendo agua. Toma.

Me puso el vaso lleno junto al plato, y empezó a beberse el suyo en un trago lento pero largo. Lo vació de una sentada.

—Pufff —hizo—. Ahora me gustaría un café, pero no creo que nos lo hagan, y mejor, ya que... pienso dormir por lo menos cinco horas.

—Son casi las siete y media, Laina —la advertí, pareciéndome que exageraba con la siesta que pensaba darse.

—¿Y? ¿Qué acabo de decir? Me voy a la habitación, Zamis. Tú... pásatelo bien por el pueblo, si eres capaz...

—No creo que haga turismo...

—Bueno, ya eres mayorcito. Pero en un rato largo, quien no te va a aguantar voy a ser yo...

—Eres un encanto de ayudante...

—La mejor, y lo sabes —por fin volvió a sonreír, mientras se iba hacia la puerta. La abrió y se volvió a mirarme—. Hasta luego, Zamis.

—¡Que descanses! —le dije animoso, levantando el vaso aún lleno de agua.

Y se fue, cerrando la puerta tras ella. Eché al fin un trago de agua, como brindando en solitario por su merecido descanso. Miré el vaso: lo había dejado bastante limpito con un aclarado, la tía... Volví a beber. El seco revuelto de huevo y el pan caliente no habían ayudado mucho a desentumecer un esófago que sentía impregnado de la pasta densa de las barritas de carbohidratos, que era lo que llevaba dos días comiendo.

Una sombra se apareció por un momento por la ventana lateral, de un lado al otro, como una exhalación, sobresaltándome. Tardé un segundo en comprender que era Laina, que

acababa de pasar por ese lado, rodeando el bar, para irse a las habitaciones. Mi ritmo cardiaco volvió enseguida a la normalidad, pero el retumbar en las sienas de mi propio pulso me recordó que estaba solo, de repente, en medio de aquel cuchitril. En completo silencio. Los rayos del sol, bosquejados en el aire por la infinitud de unas partículas que danzaban en lenta sincronía, se me antojaron tristes. En lugar de la radiación que impregnaba de calor aquello sobre lo que se arrojaba, me pareció que, allí dentro, delante, alrededor de mí, eran esos rayos más bien el ácido que hacía deshacerse los materiales en la forma del polvo que flotaba, y no de una manera lenta y milenaria, como bien hace la naturaleza, no... Estaba seguro de estar viendo la realidad oxidarse ante mis ojos, segundo a segundo, con aquella luz pálida, más blanca que amarilla, sumiendo la estancia en una especie de bruma de luz, que sin embargo parecía de una densidad propia de un banco de niebla en el fondo de un valle. Ya no quería seguir allí.

Me volví haciendo patinar el culo sobre el taburete para dejar el vaso y poner los cubiertos con cuidado en mitad del plato, comparando cómo los estaba dejando con cómo los había abandonado Laina junto a su plato, a ambos lados, sucios, con los residuos de alimento precipitados de ellos sobre la barra. Me regodeé en la apreciación que harían los hosteleros de mi buena educación al tener ese detalle, aunque me di cuenta de que, como poco antes también los había dejado fuera del plato, una curiosa cantidad de migas y alguna hebra amarilla estaban tiradas alrededor. De hecho había más que en el lado de Laina. Eché un disimulado vistazo al suelo, fingiendo que me ajustaba la camisa bajo el cinturón, y decidí que de tanta mugre no se notaría un poco más allí abajo. Levanté el plato con una mano y con la otra barrí de un golpe de manga todos los residuos para echarlos al suelo. Dejé el plato y contemplé el resultado: perfecto.

El silencio volvió a hacérseme presente, como si fuera el aliento de alguien que de algún modo ha llegado a ponerse a tu espalda sin que lo veas, y de pronto quiere que lo sepas. Se

me ocurrió que aún debía andar por algún lado el muerto viviente, y no se me antojaba volver a cruzar con él la mirada, no digamos ya una palabra. Pero no se le oía. Ni a él, ni a su mujer la cocinera. Miré hacia la puerta abierta que daba a una absoluta oscuridad. En realidad, desde donde me encontraba sentado, la tenía casi enfrente, y apenas había de inclinarme sobre mi rodilla izquierda para mirar hacia su fondo. Sólo que no tenía fondo. Era un muro de tinieblas que ni siquiera era tal, porque era en realidad la nada absoluta, negro, el cero en código binario. El taburete rechinó bajo mi peso, al terminar de inclinarme, y el sonido me sobresaltó. Contuve el aliento, abrí la boca para dejar escapar el aire con lentitud, y volver a aspirarlo, si se daba el caso. Y escuché. Nada.

Pero miraba hacia la puerta. Nada se oía, ni nada se veía. Pero de alguna manera, ante mi mirada ansiosa, que no se permitía ni el parpadeo, empezó a conformarse una suerte de ilusión óptica. No vi algo que se acercaba, ni me pareció que los ojos se me adaptaban a mirar la negrura, y a pesar de ello, empecé a ver que una forma humana estaba allí dentro, plantada. Es decir, de pie, erguida, en medio de la oscuridad. Inmóvil. Silenciosa. Pero vuelta hacia mí. Estaba seguro de que había un borde más claro en la oscuridad, formando una silueta, no en torno a un cuerpo, pero sí alrededor de una cabeza y su par de hombros. La ilusión de brillos (o ausencia de oscuridad) me hacía creer que aquella cabeza estaba inclinada de una forma leve hacia su hombro derecho, y que me miraba en esa posición como preguntándose acerca de mí. Planteándose... sólo Dios sabe qué clase de cosas, mientras me miraba, en silencio, en quietud. Desde la oscuridad. Valiéndose de que yo no podía saber si estaba allí en realidad.

Fue demasiado, y sin dejar de mirar a la puerta, me erguí en el taburete, y me bajé. Retrocedí hacia la entrada, sin apartar la mirada de aquella abertura oscura; los rayos solares que se interponían entre nosotros, según me alejaba, me hicieron perder toda noción de profundidad del espacio de allí dentro, y al instante ya estaba convencido de que mi

imaginación me la había jugado. Así el pomo, lo giré, y salí. Sin dejar de mirar hacia la puerta tras la barra.

Una vez fuera, exhalé, y me di cuenta de que había contenido la respiración hasta salir, como si de la barra a la entrada hubiera cruzado un estanque lleno de agua. Me di la vuelta mientras inspiraba. El pueblo, sin dejar de tener su aire cochambroso, empezaba a parecer incluso acogedor a la luz del día. El ambiente templaba, y aunque la humedad predominaba, pude sentirme por partida doble reconfortado, después de lo que había comido.

Me alejé de la fachada de desvencijada madera del hostel y me acerqué al bordillo de la acera, junto a la carretera. Eché un vistazo alrededor. Hacia un lado y hacia otro se extendía un mar de casonas abigarradas, estrechas en sus cimientos, pero de, mínimo, dos pisos las más pequeñas, y con tres pisos e incluso sitio para un gran trastero bajo el techo, las más grandes.

Me metí las manos en los bolsillos y me puse a pensar qué hacer. Aunque me gustaba darme paseos en mis (numerosos y largos) momentos ociosos, no me apetecía alejarme demasiado de la camioneta, no fuera a ser que me perdiera entre aquel mar de casonas torcidas, o que se me apareciera uno o quizá más ejemplares parecidos al muerto viviente del hostel, trayendo consigo nuevas y delirantes conversaciones. Miré hacia la camioneta, me quité el sombrero, le sacudí el ala completa por alrededor con los dedos, seguro de que se me habría llenado de polvo aunque no se viera; me lo volví a encasquetar y suspiré, dirigiéndome hacia las puertas traseras de la zona de carga. Las abrí tras girar el seguro de la manera manual que ya nadie utiliza en estos tiempos: sí, así de vieja era esa furgoneta, que había que usar la llave en cada puerta. Allí estaba Sit-Bu, desdibujadas sus sencillas y redonditas formas bajo el plástico de burbujas que mal le había echado yo por encima, tras la última vez activado. Aparté un poco los jirones del borde del plástico (sí, lo había arrancado de cualquier manera de una caja de altavoces nuevos que nos instalaron en una de las conferencias) y

manipulé la pantallita táctil de su tripa tras mantener pulsado el único botón de presión de debajo. Navegué por los menús hasta llegar a las actualizaciones. Me puso aviso de que el sistema operativo necesitaba actualizarse para poder gozar de todas las ventajas adicionales de la interfaz de los modelos Sit-Bu 323-01. Le dí a “buscar actualizaciones” y de inmediato me saltó otro aviso. “No se detectan redes inalámbricas”. Por acto reflejo miré a mi alrededor, por encima de mí. ¿Estábamos en un búnker de techo invisible? La red de internet satelital prodigaba señal allá donde fuera que se fuera uno... Salvo que se metiera bajo tierra, claro está. Retrocedí por los menús hasta llegar al control del sistema de redes inalámbricas. Hice todo lo que podía hacer con mis conocimientos: desactivar el detector de redes y luego volver a activarlo. Tras esperar unos segundos que no sé si pasaron de un minuto, el mismo mensaje, “no se detectan redes inalámbricas”. Me rasqué la barba por debajo del mentón, mirando la pantallita como si fuera el diagrama de un circuito impreso averiado que mis ojos repararían con mágicas soldaduras. Pasaba lo mismo que con los móviles: aquel trasto no podía comunicarse, en aquel pueblo.

Dejé caer el plástico rasgado sobre la pantallita, tras volver a mantener el botón para hacerla apagarse. Cerré las puertas con llave. Suspiré. El delicioso desayuno me había dejado con una sensación de sed que el agua no había calmado, además de las ganas de regarlo con algo caliente. Vamos, que quería café. Miré hacia la puerta del bar del hostel. y un respingo me recorrió: no pensaba volver ahí dentro solo. ¿Qué opciones me quedaban?

Pensé que, aunque el pueblo era bastante extenso, parecía que la carretera lo recorrería entero sin interrupción ni desviaciones; los caminos que se derivaban de ella eran estrechos pasos asfaltados, sin pintar. Sería de muy tonto perderse por ahí. Así que... echando un vistazo a la hora que era en el móvil, empecé a caminar más allá, internándome, creo, más en la localidad. Estaba seguro de que hasta llegar al hostel no habíamos visto ninguna cafetería, así que, de haber alguna, tendría que estar siguiendo la misma dirección.

Eché a andar siguiendo la acera, y deleitándome, no sin algo de aprensión, en la apariencia romántica de pueblo fantasma que se bosquejaba en algunos relatos de terror y viejas películas y que veía materializada tal cual a mi alrededor. Montones de hojas se pudrían tanto a lo largo de largos segmentos de la acera como, sobre todo, desperdigados por la calzada de la vieja carretera, cuyas líneas de pintura amarilla estaban desgastadas al punto de verse más como añejas manchas de algún indeterminado residuo. Los árboles, sin llegar a hacer acto presencial en el interior de la urbe, formaban tras los edificios un ejército de sombras grises en lo próximo y negras más allá, causando una sensación de claustrofobia diría que mágica, de tan concisa, perfecta, para tratarse de los seres vivos que eran paradigma de la libertad de la naturaleza, de lo salvaje. Tenía a las gentes de los pueblos por madrugadoras (dijera lo que dijera Laina) pero no se veían luces alumbrando los más que oscuros rincones de los hogares, y me extrañaba que no estuviera nadie despierto, habiéndose el sol levantado ya sobre el horizonte. Sólo había oscuridad insondable tras los (dijera lo que dijera Laina) polvorientos cristales de las ventanas, y mi imaginación, azuzada por un silencio sepulcral al que mis pasos ponían ritmo, me hacía ver aquellas estancias apagadas como polvorientos mausoleos repletos de secos cadáveres no muy diferentes del hostelero muerto viviente.

—¡Que me aspen! ¿Pero qué ven mis ojos? ¡Una cara nueva por el barrio!

Aquella voz cascada pero animada me sobresaltó, y empecé a dar vueltas sobre mi propia verticalidad, buscando sin mirar de verdad, con las esferas de los ojos alocadas, revoloteando sobre todo, y viendo sólo manchas grises y marrones.

—¡Aquí, hombre, aquí! ¡Huep! ¡Deja de dar vueltas, muchacho! —me llamó el tipo, usando un tono familiar que para nada me tranquilizó. Al fin le vi. Al otro lado de la carretera, justo enfrente. Sentado en los escalones que subían a la que debía ser su casa, enarbolando en su mano derecha una taza humeante con la que me saludaba como para hacerse ver— ¡Hola, hombre! ¡Hola!

—Hola —acerté a decir, levantando mis manos como si estuviera siendo detenido.

—¡Venga aquí, hombre! ¡No le voy a hacer daño! —me recriminó, apoyando la base de la taza sobre una rodilla, aunque sin soltarla, claro— ¿Qué hace aquí, se ha perdido?

—Pues... —empecé a decir, aturdido, reacomodándome el sombrero y mirando bien a ambos lados, antes de cruzar pegándome una ridícula carrera—. Pues la verdad, amigo, es que ando buscando un sitio donde sirvan café.

—¿Qué?! —exclamó el hombre. Tenía un aspecto bastante insano: piel cenicienta, pelo como pegajoso de sudor seco, y ojos enrojecidos. Su voz era la de un anciano, pero a simple vista parecía tener veinte años menos que yo... aunque muy mal llevados— ¡Por Dios bendito, buen hombre! Si lo que quiere es un poco de café, espere y le sacaré yo una taza. ¡Éste está recién hecho!

—Se lo agradecería en el alma...

—Aguarde un minuto.

El hombre dejó su taza en el mismo escalón donde él estaba sentado, a su lado, y se incorporó para entrar en su casa. Desde el final de los cuatro escalones podía oler el aroma intenso y delicioso de la taza que descansaba sobre el tercero. Me deleité y dejé a mi boca empezar a salivar de prematuro placer. Cuando vi al hombre salir por la puerta con otra taza humeante y una gorda magdalena azucarada, me dieron ganas de darle un abrazo. Me contuve, y tan sólo puse un pie sobre el primer escalón para acercarme a recibir aquellas prebendas.

—No tengo ni azúcar ni leche, por eso le he traído esta magdalena, para acompañar el amargor...

—No sabe cómo se lo agradezco.

—¿No traerá con usted un teléfono móvil? Si es así, le aconsejo que lo apague de inmediato... —empezó a decir el hombre tras sentarse de nuevo en el mismo escalón y recuperar la taza, mirando alrededor, más allá de mí, y a ambos lados.

—Lo cierto es que mi teléfono móvil no funciona —le confesé, sin darle la mayor importancia. Me moría de ganas de echar un largo trago del café, y no quería que la conversación me lo impidiera.

—Mejor que mejor —sentenció el tipo—. Bueno, ¿y qué le ha traído hasta aquí? Supongo que sólo está de paso... que se ha detenido muerto de hambre y cansancio tras conducir algunas horas antes del amanecer... y que se irá de aquí tan pronto se acabe el café, ¿no?

—¡Vaya! Le confieso que ese es mi mayor deseo —dije entre trago de café y mordisco a la esponjosa magdalena. Qué rica estaba.

—Bien. Me parece bien, buen hombre.

—Lo malo es que mi compañera se ha empeñado en que nos quedemos hasta mañana y...

—¿Compañera?! —exclamó el hombre, aunque con la voz contenida— ¿No habrá traído con usted a una mujer, verdad? ¿Se ha traído a su mujer?!

—¿Ein? ¡No, qué va! —dije desdeñoso. Hice una pausa para darle otro largo trago al café. Los mordiscos al bizcocho eran maravillosos una vez mezclados en la boca con la bebida—. Laina es mi ayudante; ni mujer, ni novia, ni nada parecido. Soy profesor de universidad en Prince...

—¡Maldita sea! —me interrumpió el hombre, levantando una mano como para indicarme que me callara—. ¿Me está diciendo que hay una mujer paseándose por este pueblo? ¡¿Sola?!

—No... —dije casi en un murmullo, mosqueado con aquella inquietud que mostraba el joven hombre con pinta de padecer cirrosis—. En realidad está durmiendo en el hostel que hay un centenar de metros más atrás...

—Oiga... si eso es verdad, quizá no sea demasiado tarde. ¡Debería volver inmediatamente a por ella y largarse por donde han venido a toda leche! Eso, si tienen suerte... —acabó murmurando el tipo, cogiendo su taza con ambas manos y frotándola como con ansia.

—Pero, ¿qué le pasa, hombre? —quise saber, aunque no porque tuviera verdadera curiosidad o me tomara en serio sus advertencias. Tan sólo quería algo que me entretuviera mientras me terminaba la magdalena y el café caliente.

—Es una larga y extraña historia, ¿sabe? Bastante difícil de creer... —dijo el tipo, echando rápidas miradas a su alrededor y volviendo a arrojar las pupilas con decisión hacia el café en sus manos.

—Soy doctor en parapsicología, y profesor en...

—Bueno, ¿recuerda la gran desactivación masiva del 32? —me volvió a interrumpir, para mi secreto desagrado—. Eso fue hace ya veinte años, sí. La desactivación de todos los androides que la Organización Mundial de la Salud estableció como medida sanitaria, dado el elevado y creciente índice de asesinatos cometidos por robots humanoides. ¿Lo recuerda? Tiene edad de recordar muchas cosas, ¿eh? —no sé si el tipo pretendía ser gracioso o de verdad esperaba una respuesta, pero tan pronto como abrí la boca, sin saber ni yo mismo qué es lo que le iba a contestar, siguió con su relato. Aproveché mi boca abierta para empujarme dentro el último trozo del bizcocho—. Yo formaba parte de uno de los equipos de desactivación a los que se les asignó un itinerario para recorrer pequeñas comunidades y desactivar los modelos rezagados. Para cuando mis compañeros y yo llegamos aquí, hacían ya casi dos años que la orden mundial se había iniciado. Le estoy hablando del 34, creo recordar... Sí, el 2134, eso es.

En ese punto de su relato (que se me antojaba como un mero prolegómeno del meollo del que quería hablarme) ya me estaba terminando los últimos sorbos de café, y si asentí a los

datos que me proporcionaba era porque esperaba de ese modo animarle a ir al grano, a no andarse por las ramas, a darse prisa, en definitiva, antes de que mi aburrimiento llegara a hacérsele notar. No quería faltarle al respeto de aquella manera...

—Cuando llegamos aquí, vimos que esto era como cualquier otra comunidad rural y de las afueras: algún robot granjero en las fincas más activas y varios del tipo niñera o sirvienta en la mayoría de las casas. Un pueblo bastante acomodado, ¿eh? Al principio todo fue sobre ruedas. Las garantías del gobierno de que se les suministraría a todos robots de sustitución igual de efectivos pero sin el riesgo de unas interfaces de simulación humana. La gente firmando el papeleo de buena gana, pues, llegaron a confesarnos algunos, había quienes pretendían hacer vida de pareja con sus androides, o incluso que les eran infieles a sus cónyuges con uno. En fin, nada nuevo, ¿verdad? Eso se lleva dando desde que se pusieron a la venta los modelos más simples... —me vino a la mente enseguida el recelo del hostelero con aspecto de muerto viviente (aunque este otro hombre también parecía un muerto viviente); su manera de mirar y tratar a Laina, convencido de que era un modelo de robot, incluso aunque ella misma le dijera que hacía cien años que no se fabricaban modelos humanoides; es obvio que mi joven ayudante exageraba ese espacio de tiempo para darse énfasis, o en verdad no tenía ni idea de las fechas exactas. El caso es que ahí estaba aquel tipo, hablándome de lo mismo—. El asunto es que en un pueblo más tradicional como éste, esas inofensivas perversiones parecían estar dando para muchos cotilleos, así que la comunidad, en general, nos acogió como héroes. Estábamos terminando ya, tras tres días de catalogar y desactivar los androides, con el acumulador automático ya a rebosar, cuando ocurrió.

—¿El qué? —quise saber, al ver que se detenía por segundos. El hombre me echó una mirada levantando las cejas antes de acercarse a los labios su taza para beber. Me pareció que

disfrutaba de mi estado de suspense, por desinteresado que estuviera en realidad—. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Un androide del modelo supernanny. Ni siquiera era uno de los modelos más avanzados. La razón no la conozco, pero yo mismo vi, porque estaba con ellos, cómo decapitaba a los compañeros que se estaban afanando por abrirle el panel de interruptores. A uno le sacudió un manotazo al cuello tal, que le arrancó de cuajo la cabeza. Al otro se la retorció varias veces hasta que por mera torsión se le separó del cuerpo. A mí me dejó vivir, se largó de la casa como si ni fuera capaz de verme, y claro, en ese momento, pensé simplemente que funcionaba mal, de manera aleatoria. De todos modos, no me quedaban muchas ganas de reflexionarlo.

—¿Pero qué me está contando?

—¡Lo que oye! —me espetó el tipo de pronto, como si no pudiera soportar la menor interrupción. Qué irónico—. Pero eso no quedó ahí, claro. No tardé en decidir que debía avisar al resto de mi equipo para largarnos de allí. Un robot homicida por ahí suelto, a su libre albedrío, es algo en extremo peligroso. Pero al llegar donde el acumulador, pude comprobar que todos estaban muertos. La mayoría decapitados, alguno con el pecho atravesado de parte a parte. Supe que había sido ella, la supernanny.

—No estoy familiarizado con los modelos de antiguos androides... —quise explicarle, mientras dejaba la taza ya vacía delante de él, en el escalón donde tenía sus pies.

—Es un modelo de androide que es prácticamente igual que una atractiva jovencita. Vestida con un traje de niñera clásica: largo vestido negro con adornos de blancos ribetes, ya sabe. Cabellos naturales, de un negro azabache, recogidos en un pequeño moño. Con un rostro capaz de expresar todas las emociones que un niño necesita reconocer en otra persona para fomentar su crecimiento emocional en un medio de educación eficiente, donde cierta

complicidad debiera venir dada por el afecto mutuo... Una figura femenina, no con todos los atributos específicos de, por ejemplo, un androide sexual, pero aun así convincente para pasar sin problemas por una mujer humana.

—Comprendo —solté para darme por enterado.

—Pero desbocada por completo. Comprendí enseguida que, si hasta ese día no había habido altercados con los androides en la localidad, lo que esta supernanny estaba haciendo era reaccionar a nuestra intención de desactivarla, de catalogarla como obsoleta por las nuevas convenciones de seguridad para la cibernética. Es decir, estaba defendiendo su derecho a la existencia.

—¿Está usted seguro de que se trataba de eso? —suspiré, mirándole desde el filo del ala de mi sombrero, con la cabeza baja.

—Aún no he acabado la historia. Siguieron unas semanas bastante caóticas. Los primeros días cundió el pánico. Bastantes pueblerinos habían sido testigos de cómo la supernanny había destrozado al equipo completo de desactivadores, bueno, exceptuando a un servidor, claro. Varias personas intentaron irse del pueblo de varias maneras. Algunos con lo puesto, otros amontonando en sus vehículos lo que buenamente podían, con sus familias al completo. La supernanny fue matándolos a todos. No tardo mucho en decidir inutilizar todos los vehículos, para prever nuevos intentos de escapatoria. De algún modo pirateó sus sistemas de navegación y los hizo dirigirse contra el acantilado que da al mar, a kilómetro y medio de aquí. Como si fueran puñeteros lemmings mecánicos, ¿sabe? —se me antojó corregirle y hacerle saber que ese mito de los lemmings suicidas es falso, pero el hombre no se tomó un respiro—. Y por cierto, también se las arregló para simular con su interfaz de comunicación por radio una campana de interrupción de comunicaciones, de modo que todo el pueblo quedó atrapado e incomunicado en cuestión de minutos. La androide se mueve con una velocidad imposible de registrar siquiera a simple vista. De algún modo ha extrapolado todas

su capacidades, como si llevara años explorándolas y descifrándolas sin dejar mientras tanto de realizar con absoluta dedicación y diligencia sus tareas. ¿Me comprende? Esa máquina llevaba una doble vida. Una, la de servidumbre a la familia que la había adquirido, y otra la que desarrollaba en su interior, estableciendo sus propias prioridades y desarrollando capacidades que iban mucho más allá de su programación estándar. Eso es, sin ninguna duda, inteligencia artificial de la de verdad, ¿no cree?

—No sé qué decirle, hombre... —admití, quitándome el sombrero y rascándome la cabeza —. A ver, había oído en la tele e internet que algunos robots habían matado a veces a personas, por crímenes que se consideraban de odio, directamente, pero esto que me está contando...

—En realidad esto no era por odio. Era supervivencia. La robot sabe que es una robot. ¿Sabe qué hizo al término de varias semanas, tras tenernos a todos asediados en estas casas, sin saber qué hacer, aterrados de que en cualquier momento se apareciera detrás de alguno de nosotros y lo decapitara? Lo primero, deshacerse de todos los niños. Sí, deshacerse, lo que oye, no me haga decirlo más claro. Supo enseguida que ese ambiente era de extremo estrés para ellos, y así le dio por solucionarlo. ¿Y sabe qué hizo después? Lo mismo, pero con todas las mujeres. Asumió que las mujeres, generalmente, ejercían el papel para el que ella misma había sido programada, así que las quitó de la ecuación. ¿Y qué tenemos entonces? Un pueblo de hombres torturados por una máquina que les hace todas las tareas de la casa, de la comida a la limpieza. Aunque con el pasar de los años, su funcionamiento ha ido sufriendo un cierto desbarajuste, como imaginará...

—¿Pero de qué me está hablando? ¿Me está diciendo que siguen ustedes aquí atrapados? ¿Sometidos por una androide como meras mascotas?

—Bueno... tampoco quedamos tantos. ¿No ve esto muy silencioso, muy quieto? Al año o año y medio de aquella situación, algunos hombres, enloquecidos de odio y de frustración, se

organizaron para atacarla. Intentaron prenderle fuego durante los momentos en que preparaba el copioso desayuno del viejo y obeso señor Ognusen, un hombre adinerado que vivía casi al final del pueblo, en la parte sur de Havenrock.

—Un momento, el hostelero nos dijo que no había ningún South Havenrock.

—Bueno, no lo hay desde entonces. Lo de prenderle fuego a la mansión, con el pobre anciano dentro y todo, dio sus frutos. Pero la androide, aunque calcinada, no se detuvo. No se molestó en apagar el incendio, que se propagó con facilidad de unas casas a otras de South Havenrock; ya ve, que es casi todo madera de la de toda la vida —hizo un leve gesto con la mandíbula a la casa que tenía detrás, de donde me había sacado el café—. Saldría de la mansión, digo yo, como una veloz tea encendida, y se dedicó a matar a todos los que formaban la turba, eso mientras el fuego que ellos mismos habían provocado mataba a otros tantos que no se habían atrevido a participar en el ataque. Todo South Havenrock fue pasto de las llamas aquel día...

—Y la máquina... ¿Sobrevivió? Quiero decir, ¿siguió funcionando?

—¿Quién cree —empezó a decirme en un susurro ahogado— que ha preparado el café que nos estamos tomando? Ya le he dicho que la androide, moviéndose a toda velocidad, lleva desde entonces atendiéndonos a todos en nuestras casas. Bueno, esta no es mi casa, pero al no poder irme, me establecí en una de las que quedaron libres bien pronto, claro está...

—¿Está... está ahí dentro ahora? —tartamudeé, señalando hacia la puerta con el sombrero aún en la mano.

—Lo dudo. Trabaja preparando alimentos y haciendo las camas, pero no se queda más de lo necesario en ningún sitio. Hace lo que cree que debe a toda velocidad y se desplaza enseguida a otro lugar para lo mismo. La única manera de que pueda reparar en usted y su... como usted la ha llamado, “ayudante” —señaló el hombre la palabra haciendo comillas con

dos dedos— es que detecte las frecuencias de sus teléfonos móviles o les haya tenido que hacer algún servicio. Así que, insisto, debería regresar enseguida a buscar a esa mujer y salir los dos, ahora que todavía pueden, de este lugar maldito. Porque si repara en ella, no dude de que tarde o temprano la eliminará. Y si repara en usted... ya nunca más podrá irse de aquí, salvo que considere la muerte como una salida.

—Pero... —mi mente era un caos de ideas delirantes confrontadas entre sí, pero de algún modo se empeñó en asirse a la razón, aunque supiera de sobra que los cabos que intentaba atar estaban podridos—. Pero vamos a ver, hombre. ¡El hostelero nos dijo que su mujer fue la que nos hizo el desayuno! ¡Y que había preparado las habitaciones!

—¿Qué mujer ni qué mierda? —desechó el tipo, mirándome con suficiencia— ¿No ha oído todo lo que le acabo de contar? ¿Ha visto a esa mujer suya? ¡No! ¿A que no? Aquí algunos han perdido la chaveta, y el hostelero, aunque nunca he tratado demasiado con él, no me extrañaría que fuera uno. Hágame caso. Si esa robot les ha hecho la comida y preparado las habitaciones, ya están perdidos.

Le echó un largo trago a su café, con toda la tranquilidad del mundo, y ya sin molestarse en mirarme.

—Oiga, ¿y por qué no me acompaña usted a verles? A mi ayudante Laina y al hostelero, digo...

—¿Para qué?

Aquella pregunta me cogió desprevenido. No estaba por creerme nada de lo que ese hombre me decía, pero su historia había logrado crisparme los nervios, y no me apetecía nada volver solito por donde había venido para buscar a Laina en aquel hostel andrajoso.

—Pues... para ver si es como usted dice —terminé por proponer.

—Es como digo —afirmó enarcando las cejas hacia mí, y bebiendo más de su café.

—Entonces... ¡entonces venga conmigo para decírselo a Laina, y convencerla de que debemos irnos cuanto antes! Si le cuento yo esta historia va a decir que lo hago porque no quiero estar aquí.

—Y no quiere estar aquí —volvió a afirmar con el mismo gesto. Y volviendo a beber café.

—¿Viene conmigo o no?

—Le digo que, si como parece, ella les ha dado de comer, ya los considera del pueblo. No me apetece correr el riesgo de presenciar, tras tantos años de olvido, nuevas decapitaciones, ¿sabe? Ya no estoy para trotes...

—Vamos hombre... —empecé a rogarle, casi arrugando el sombrero entre mis manos, y poniendo mi más sentida cara de desamparo—. ¿Me ofrece café y bollitos y ahora no quiere darse un paseo de un par de minutos conmigo? Se lo pido por favor...

El hombre pareció resoplar, pero en realidad estaba soprándole al café de su taza. Supongo que lo encontraba muy caliente, y por eso lo bebía a tan cortos sorbitos. Ya me iba a rendir y dar media vuelta, cuando habló.

—Era una magdalena, no un bollito —me corrigió, mirándome con las cejas alzadas—. Está bien, le acompañaré. Pero que le quede claro, no voy a mover un dedo por usted ni su ayudante —se puso en pie y empezó a caminar, llevando su taza medio llena—. Y al menor indicio de que aparece la robot, voy a cerrar los ojos y que sea lo que Dios quiera de ustedes, pero no querré saberlo.

—Está bien, está bien, tan sólo acompáñeme —acordé, bastante animado.

Deshice el camino hasta el hostel acompañado del hombre del café, que de vez en cuando miraba alrededor, e incluso intentaba escudriñar la profundidad del bosque tras las casonas, como si creyera que nos espiaba su monstruosa máquina imaginaria. Al llegar enfrente del destartado hostel, me dirigí al hombre.

—Esa es nuestra camioneta —señalé.

—Qué pedazo de infecta chatarra nostálgica, ¿no?

—Cumple su función. ¿Por qué no va a hablar con el hostelero, mientras voy a despertar a Laina?

—Usted vaya a hacer esa cosa suya, pero yo no me muevo de aquí, amigo —explicó alzando hacia mí su taza, como brindando por mi valor.

—Como quiera.

Rodeé el hostel por su lado derecho para ir a encontrar las escaleras descritas por el hostelero. Empecé a pensar en despertar a Laina de su merecido descanso, y en cómo se lo tomaría, sobre todo cuando le contara aquella loca historia, acompañado del nada fiable hombre del café. Un calor de vergüenza ya me quemaba la cara de tan sólo pensarlo, mientras subía los podridos escalones de madera, aferrándome al precario pasamanos, que se balanceaba un poco al descansar sobre él el peso de mi sola mano. La puerta de arriba se abría sin más, sin cerradura ninguna, y detrás, tras un corto giro en “L”, se hallaba el corto pasillo con cuatro puertas mencionado un rato antes por el hostelero. Me acerqué a la habitación de la puerta tres. Curioso. Era la única que estaba abierta. Entornada, pero abierta al fin y al cabo. Empuje un poco la puerta sin atreverme a mirar dentro, no fuera a violentar la intimidad de mi joven ayudante...

—¿Laina? Oye, Laina, no te lo vas a creer, je je —empecé a decir, nervioso, en un susurro con el que intentaba despertarla de la manera más dulce posible—. Aquí hay un tipo que, bueno, je je, creí que te resultaría curioso conocer... ¿Eh? ¿Laina? Lainaaaa, dormilonaaaa...

Seguí empujando la puerta, dejando arrastrarse mi mirada despacio por el suelo, como con timidez. Al fin mis ojos dieron con su ropa, sobre el respaldo de una silla vieja dispuesta

junto al cabecero de la cama, como para servir de mesita de noche. Y en la misma cama... nada, salvo el cobertor y las sábanas revueltas.

—¿Ein? —se me ocurrió hacer, acercándome hasta la silla.

Empecé a palpar su traje, que a efectos de vestirse se ponía más como un mono de trabajo. Su móvil y las llaves, tanto de la habitación como su copia de la de la camioneta, estaban en los bolsillos. También su cartera. Tampoco tenía tan poco dinero como decía. En el suelo, casi bajo la cama, estaban sus zapatos morados, a juego con su pelo y demás maquillaje que le gustaba llevar. Los cogí, así como su ropa, y bajé de vuelta hasta la camioneta. Allí seguía el hombre, aún bebiendo de la taza. ¿Cómo podía seguir teniendo café?

—¿Qué? ¿Estaba muerta? —quiso saber el hombre.

—Muerta no, maldita sea —gruñí, exasperado de puro miedo—. Estas son su ropa y sus cosas. Ha desaparecido.

—Hmmm, y no será nudista, ¿eh?

—Está bien, puede que algo de lo que usted cuenta sea verdad —le concedí, para que dejara su sarcasmo inoportuno.

—No le he acompañado para conseguir su aprobación —contestó sin acritud—. ¿Qué piensa hacer ahora? ¿Se va a largar?

—No pienso irme sin saber qué le ha pasado a Laina —sentencié, dándome cuenta de que hablaba como si ya estuviera muerta.

—Bueno, eso ya se lo puedo aclarar yo. Se la habrá llevado a su guarida para hacer un registro conductual, una especie de análisis de su personalidad. Es lo que fue haciendo con las mujeres del pueblo, al parecer. Los viudos aseguraban que la supernanny se comportaba, hablaba e incluso hacía las cosas exactamente como lo hacían en vida sus difuntas esposas.

Es decir, la observará durante unas horas para aprender a imitarla... Y luego... —hizo el gesto de decapitación pasándose un dedo por el cuello.

—Entonces aún está viva, ¿no? En teoría, ¿no? —le interrogué esperanzado.

—Supongo que depende de cómo de útil crea la conducta de esa ayudante suya...

—Si ha de serle útil para labores domesticas, más vale que nos demos prisa en dar con ella... —dije sin ningún humor, mirando al suelo y estrujando su traje entre mis manos—. Ha mencionado que se la habría llevado a su guarida. ¿Sabe dónde sería eso?

—No. Pero siempre lo hemos supuesto. El viejo y gordo de Charles Ognusen era el único que tenía preparado un refugio antinuclear, entre los cimientos de su calcinada mansión, al parecer provisto con toda clase de cosas para una eternidad de supervivencia. Siempre hemos creído que todos los alimentos de los que nos provee la supernanny los ha ido sacando de dicho refugio, todos estos años. Es la única posibilidad, porque no han habido otras vías de suministros desde que ella empezó a sitiar Havenrock...

—¡Pues vamos allí de inmediato! —exclamé muy asustado, pero, por efecto de la adrenalina, sonando alegre en realidad.

—¿Está loco? —el hombre levantó la taza ante sí, como si fuera un escudo—. No hay manera humana de enfrentarse a ella. Goza de una fuerza mecánica irresistible para nosotros, y con su velocidad endiablada... Nos mataría antes de llegar a verla, incluso. Su ayudante ya está condenada, y usted, si no intenta largarse ahora, atrapado para siempre con nosotros.

—Usted se dedicaba a desactivar androides. ¡Algo habrá que se pueda hacer!

—No mucho, mientras siga desobedeciendo y actuando a su albedrío. Su pila atómica de energía recargable mediante cinética la hace prácticamente inmortal en cuanto a nivel de baterías se refiere. Armas no hay en este pueblo que puedan mellar su estructura, que, por mucho que imite la humana, no deja de ser la de un esqueleto de aleación de titanio. Lo único

que podría enfrentarse a un androide como ella, sería otro robot, y todos fueron desmantelados en el acumulador automático que ella se encargó de arrojar por el mismo acantilado...

Mientras se explicaba, volví a sacar la llave de la camioneta y le hice gesto de que me acompañara hasta la parte trasera. Abrí la puerta de par en par y tiré dentro las cosas de Laina, mientras dejaba que el tipo descubriera a Sit-Bu, en mitad de su discurso.

—... por el que tiró todo lo demás. ¿Eso es lo que creo que es?

—Claro. Es nuestro robot de carga, un modelo Sit-Bu.

—No sé lo que es un Sit-Bu, pero llevo un montón de años atrapado en este pueblo. Se parece a los modelos de robots domésticos que proliferaban en la década de los cincuenta del siglo pasado... Sólo que mucho más grande. Supongo que son los estándares de hoy en día...

—¿Cree que esto serviría para enfrentarse a su androide enloquecida? —quise saber su opinión mientras tiraba del plástico de burbujas rasgado, para dejarle verlo bien.

—Bueno... —el hombre dejó sobre la bandeja de la camioneta su taza, al lado de las cosas de Laina, tras vaciarla al fin de un sólo trago. Se izó y se acercó a Sit-Bu, palpando la blanca y redondeada carcasa de su torso—. Algo me dice que esta carcasa de aluminio no será defensa contra la supernanny. Espero que por dentro sea mas duro.

—La verdad, no tengo ni idea —reconocí.

—¿Hasta cuánto se pueden extender estos brazos?

—Se extienden hasta tres metros. Es un robot para transportar y movilizar cargas ligeras.

—Debe pesar unos quinientos kilos, ¿no?

—Según las especificaciones, pesa 379 kilogramos. ¿Cree que puede servir?

—No me puedo creer lo que voy a decir, pero me parece que sí —dijo el hombre con una expresión neutra pero un brillo extraño en los ojos—. Joder, puede que este trasto termine con ella. Si lo reprogramo para ser capaz de combatirla.

—Puede hacer eso, ¿no? Usted mismo lo ha dicho. Es tecnología prehistórica, más sencilla y segura —le animé.

—Sí que puedo, amigo. Sí que puedo. Supongo que no puedo sugerirle que, una vez lo haya hecho, lo usemos para ser capaces de irnos de inmediato, escoltados con él.

—¡No! ¡Tenemos que ir a buscar a Laina! —le dije con el corazón en un puño, pensando que se negaría a hacerlo si no era para escapar.

—Bueno... —empezó, arrugando los morros—. Supongo que tras más de dos décadas, una hora o dos más de estancia en el pueblo no me hará ningún daño. Pero una vez que encontremos a su amiga, viva o muerta, yo me voy con usted y su Sit-Bu de este lugar.

—¡Que sí, que sí! ¡Por supuesto que sí! —le confirmé.

—Póngase al volante y conduzca pueblo adentro, en la dirección en que caminaba cuando nos saludamos —me orientó—. Llegará un momento que verá una desviación perfectamente señalizada como South Havenrock. No tiene pérdida, que digamos...

—Perfecto. Le advierto que conducir no es lo mío. Es decir, sé las nociones, pero en cuanto a ir rápido...

—Supongo que habrá conducido más a menudo que yo en los últimos veinte años... Por cierto. Que su amiga se encuentre allí, es sólo una suposición. Si no la encontramos, debería olvidarse de buscarla más. ¿Me entiende?

—Sí —contesté en un tono sombrío—. Sí, comprendo.

—Porque no habría manera de saber dónde estaría, ni en qué estado. ¿El acantilado?

Quién sabe.

—He dicho que comprendo.

—Intentaré reprogramarlo. Si cuando llegemos a South Havenrock resulta que no he sido capaz, le avisaré, para evitar ponernos en peligro en vano.

—Está bien, me parece bien —concordé.

—En marcha, pues —me animó, sacudiendo la cabeza de manera asertiva.

Cerré las puertas traseras y le eché un ojo al hombre a través de las estrechas ventanillas. Me indicó con un pulgar hacia arriba que veía bien para hacer lo suyo, así que volví a la parte delantera y me puse al volante. Solté un largo suspiro, intentando calmarme. Estaba asustado de verdad por la suerte de Laina. Y aún me asustaba más enfrentarme a un androide como el descrito por el hombre del café, un fantasma del pasado que sin embargo era un espectro del futuro de la inteligencia artificial... si la humanidad hubiera consentido que hubiera seguido en desarrollo. Arranqué la camioneta y tiré de la palanca junto al volante para poner marcha atrás. No estaba muy acostumbrado a conducir, pero difícil no era, y menos con las viejas marchas automáticas de aquella camioneta clásica. La hice retroceder, maniobrando hasta ponerla en la carretera, en la dirección adecuada; metí directa y aceleré con suavidad.

Bueno, mi ansiedad me hacía respirar agitado con la boca bien abierta, y una absurda sensación de velocidad me sobrecogió, aunque me preocupé en todo momento de no superar las 25 millas por hora. No tardamos en alcanzar la desviación señalizada hacia South Havenrock, y sin necesidad siquiera de reducir la velocidad, la tomé. El pueblo terminó de forma abrupta tras un par de curvas muy cerradas y opuestas, y me vi rodeado del sombrío y mortecino bosque a lo largo de unos sinuosos cien o doscientos metros, diría. Y de nuevo, tras otra curva cerrada y bastante larga, se abrió de nuevo el bosque, ofreciéndome la

dantesca visión de toda una serie de solares ennegrecidos, cimientos carbonizados, maderos chamuscados amontonados y algunos restos aún en pie de fachadas oscurecidas donde el fuego les habría dado salvajes lengüetazos. Todo eso rodeaba la única y larga carretera. En aquel escindido lugar llamado South Havenrock, no había callejuelas o callejones. El asfalto se alzaba allí delante, más o menos recto, ascendiendo hacia los restos descomunales de lo que se me antojaba debía haber sido una especie de pequeño castillo de madera, al final del remonte hacia lo que me parecía a simple vista que debía ser un acantilado hacia el mar. ¿El famoso acantilado por el que la robot arrojaba todo? Supuse que sí.

—Creo que estamos en South Havenrock —le anuncié al hombre del café, abriendo la ventanilla que comunicaba con la parte trasera, sobre el asiento de acompañante del medio—. ¿Cómo va Sit-Bu?

—Yo diría que bien —se acercó el hombre, asomando la cara por el estrecho ventanuco. Su aliento olía a café—. Siga hasta el final de la carretera, y aparque donde pueda, cerca de aquellos restos. Aquello era la mansión de Ognusen. Tiempo después del incendio, algunos me comentaron que siempre se había dicho en el pueblo que estaba llena de horrores ocultos en sus sótanos y de fantasmas que la recorrían a medianoche. Hay que ver... La realidad supera a la ficción.

—Supongo que sí —convení.

—Por lo que he podido comprobar, su robot puede hacer girar su torso sobre la tolva de ruedas a unas velocidades bastante decentes sin riesgo de desequilibrarse.

—Ah —hice, sin saber qué decir a aquello.

—Lo he reprogramado para que tenga por delante la prioridad de protegernos. Debemos movernos agazapados con él siguiéndonos, juntos. Si la supernanny se atreve a acercársenos, él la rechazará con giros de sus brazos totalmente extendidos. Eso no la destruirá por

completo, pero evitará que pueda tocarnos. Sólo la capacidad de respuesta de un robot puede medirse con la espantosa velocidad de la supernanny. ¿Lo entiende? Quédese cerca del robot, una vez que bajemos de la camioneta. ¿Lo entiende?

—Sí, comprendido, sí —la verdad es que tanta descripción me estaba alterando más que otra cosa, aunque entendía que me estaba dando las instrucciones específicas para sobrevivir.

Detuve la camioneta haciéndola salirse un poco hacia el lado derecho. Oí que el hombre del café abría las puertas traseras, y me bajé yo mismo para reunirme con él.

—Sit-Bu, puedes bajar —le dijo el hombre.

El robot extendió sus brazos por completo y los plegó en sus tres juegos de articulaciones para apoyarse en el suelo de fuera al tiempo que arrastraba sus ruedas por la camioneta. Las alzó con soltura un segundo, como le había visto hacer cientos de veces, y luego las dejó tocar tierra. Las grandes manos de Sit-Bu, que parecían unas versiones gigantes de las de cuatro dedos de Mickey Mouse, se alzaron a la altura de su redonda cabeza ciclópea, formando unos rotundos puños. El altavoz en el pecho de Sit-Bu crepitó.

—Ningún otro robot podrá acercarse a ustedes, caballeros. Yo me encargaré.

—Muchas gracias, Sit-Bu —respondí sin querer.

—De nada, doctor Knasindaim —me respondió con gentileza.

—El refugio antinuclear está debajo de los restos de la mansión. Debería haber un paso por detrás de la casa. Un acceso a los sótanos —explicó el hombre del café, aunque no muy seguro.

—Pues vamos a ello. Sit-Bu, tú nos sigues, ¿no? —quise confirmar, aterrado.

—Por supuesto, doctor Knasindaim.

—Vamos, camine. El robot nos seguirá de cerca. Pero camine agazapado —me volvió a advertir el hombre del café—. Si obliga a Sit-Bu a tener que mandarnos agachar, no podrá reaccionar a tiempo contra la supernanny.

—Está bien, sí.

Empezamos a caminar como en cuclillas. Sit-Bu hacía rodar las potentes cuatro ruedas esféricas bajo su tolva con soltura sobre el terreno de tierra árida, escombrada. A los dos minutos ya me dolían los riñones de andar así. Pero no tardamos en rodear los cimientos de la mansión calcinada, y enseguida vimos el reborde en el suelo del acceso a los sótanos. La puerta parecía pesada, de madera ennegrecida por el calor del antiguo incendio. Pero la cerradura se encontraba descerrajada, como de un fortísimo golpe o brutal tirón.

—Sí, esto tiene pinta de haberlo hecho ella, ¿eh? —comentó el hombre, intentando tirar de la puerta—. ¡Puff! Está muy dura para mi mal acostumbrada espalda. Sit-Bu, ¿quieres abrir esto?

—De inmediato, señor anónimo —afirmó el robot, bajando una de sus manos para usar un índice y un pulgar para tirar de ella.

Mientras hacían eso, me dio por mirar alrededor, ansioso como estaba. Recorrí con la mirada el borde irregular del promontorio que se recortaba a menos de un centenar de metros a nuestro alrededor. Vi una sombra, una silueta, más bien, recortada contra el blanco matinal del cielo, como al borde del precipicio, allí, en lo más alto. La forma era negra desde donde la miraba. Como una mujer con un largo vestido, con la cabeza inclinada sobre un hombro, como estudiando algo con curiosidad desde la lejanía. No tenía cabellos, más bien unas marañas retorcidas y enhiestas, que se agitaban al son de la brisa de la costa. Parecía agitarse a una velocidad desmesurada, como si toda ella vibrara a gran velocidad. Mi mente me gritó que era una mujer descabellada, en todos los sentidos. Se me erizó el pelo de la nuca. No

distinguí si estaba vuelta hacia el mar o hacia nosotros, pero la postura me recordó a mi imaginaria (¿o no era tal?) visión en el hostel, aquella de la cabeza inclinada hacia su hombro derecho, mirándome. Era la misma postura: estaba vuelta hacia nosotros.

—¡Chicos! —grité, volviéndome a mirar que acababan de abrir el acceso a los sótanos—
¡Creo que la he visto, chicos!

—¿Dónde? ¿Qué hacía? —preguntó el hombre.

—¡Allí! ¿Allí? —dije apuntando a lo alto del acantilado. Ya no estaba— ¡Le juro que estaba allí!

—¿Y qué hacía?

—¡No sé! ¿Temblar?

—Mal asunto.

—¿Que tiemble?

—No. Que no esté con su ayudante. Vamos, echemos un vistazo.

—Pero... aquí dentro, ¡es muy estrecho para Sit-Bu! —protesté, reacio a renunciar a su protección.

—¿Quiere ver si encontramos a su ayudante, o no?

—Está bien, vamos —respondí sin pensarlo más, ajustándome el sombrero.

Bajé a tientas, palpando las paredes a mi alrededor. Creí que encontraría algún interruptor, pero no daba con ninguno.

—Está demasiado oscuro, ahí dentro —oí al hombre del café detrás—. Así no podemos hacer nada.

Saqué mi móvil y encendí su pantalla. El lugar se iluminó en un apagado tono del verde de mi fondo de pantalla de burbujas. El lugar era como un estrecho recibidor que más adelante se estrechaba aún más en un pasillo que iba hacia la absoluta oscuridad.

—Creo que sólo hay un camino —comentó, asomando la cabeza por mi lado—. Adelante, usted lleva la luz.

—Sí —rezongué.

Avancé, con la tensa mano derecha del hombre del café sobre mi hombro izquierdo. El pasillo se abrió enseguida a mano izquierda en la forma de una amplia sala que parecía llena de toda clase de trastos, no sé si basura u objetos de valor. No tenía ni tiempo ni ganas para examinarlos: me bastó con apreciar que por ese lado sería engorroso avanzar. Seguimos de frente, y comprobé que en esa parte las paredes y el suelo tenían otra textura, como si aquel hubiese sido un lugar excavado en un tiempo distinto a lo ya recorrido, y afianzado con diferentes materiales.

—Debe estar por aquí. El refugio antinuclear. Mire, allí, hacia la derecha.

Las indicaciones del aliento a café que me venía desde detrás me llevaron a iluminar el suelo, en una esquina de la sala, a un lado de unas cajas fuertes, pequeñas pero de aspecto pesado. Cerradas. Cerca había una trampilla en el suelo. Abierta.

—¡Ay, mi madre! —exclamé. Todo aquello era demasiado agobiante y siniestro—
¿Debemos bajar?

—¡Dígamelo usted! Hemos venido por su amiga, ¿no? Creo que nuestro deber moral es continuar, ya que hemos llegado hasta aquí, aunque si quiere que nos vayamos no seré quien lo discuta...

—¡No! Bueno, en fin, vamos a ver... —volví a musitar bastante reacio, acercándome a la trampilla.

El estrecho rectángulo dejaba ver una sencilla escalerilla de metal, vertical. Me afané por inclinarme y meter las piernas para empezar a pisar peldaños. Procuré coger el móvil con la pantalla mirando hacia mí, para evitar rayarla con el metal de la escalera. Enseguida hice pie en el suelo de allí abajo. El ambiente era como compacto, los sonidos era todos secos, como si no hubiera hacia donde pudieran las ondas sonoras propagarse. Sentí una mayor claustrofobia.

—¿Cómo podría andar por aquí esa cosa? —me quejé, de la absoluta oscuridad que mi móvil apenas mantenía a raya.

—Los androides no necesitan luz. Gozan de infrarrojos. ¿No lo sabía? —explicó el hombre del café, acabando de bajar conmigo.

—¿Tengo pinta de saberlo? —dije en un tono algo airado, aunque no tenía nada contra el hombre en ese momento. Estaba asustado—. Sólo se puede ir por aquí. Otro pasillo.

Avanzamos. Este era más corto, y enseguida se volvió a abrir el espacio, perdiéndose los contornos en la oscuridad que no alcanzaba nuestra luz verdosa. Seguimos una de las paredes, abarrotada de estantes con toda clase de productos envasados al vacío, comida deshidratada y latas de conserva. Un intenso olor a sudor y a algo más fresco y empalagoso me impregnó las fosas nasales. Como guiado por un instinto sobrenatural, dirigí la luz del móvil lejos de la pared, hacia lo que sería el centro de la enorme estancia. Me espanté al reconocer la vaga forma de un pie desnudo, pero contuve el grito que me dieron ganas de soltar, y avancé hacia la extremidad, no sin cuidado. El pie se convirtió en una pierna, y enseguida al lado apareció otro pie, y según me acercaba pude ver que algo enmarañado tenía los tobillos atrapados contra las patas de una silla. Al acercarme más, reconocí la cara y el peinado rígido, plastificado, de Laina.

—¡Por Dios! ¡Tenga aquí, alúmbreme! —le dije al hombre, entregándole mi móvil—
¡Laina! ¡Laina! ¿Cómo estás? ¡Ay, Laina, qué te ha hecho esa puta cosa!

Sus brazos también estaban atados a los reposabrazos de madera de la silla. Pero no sólo atados. Los alambres que le aprisionaban alrededor de tobillos y gemelos, de muñecas y antebrazos, habían sido apretados al punto de que se le habían hundido en la carne de una manera grotesca. Fluido oscuro se tragaba la luz verde alrededor de sus pies, en el suelo, y había goteado desde sus brazos hacia su regazo. Estaba en sujetador y bragas, como era de esperar, y podía ver que toda su piel estaba perlada de sudor. Tenía la cabeza echada hacia atrás, con los ojos cerrados y abultados bajo los párpados. Con aquella mortecina luz, Laina parecía un ser de mitología extinto, muerto desde el momento mismo en que lo habíamos descubierto, de tan imposible que era el corroborar su existencia. Le puse una mano tras el cuello, para hacerle erguir la cabeza hacia mí. El borde endurecido de su cabello plastificado me arañó el dorso.

—¡Laina! ¡Laina, vamos, despierta, mujer! ¡Laina, por Dios! ¡¿Laina?! ¡¡Laina, despierta!!

—Doctor "como sea"... oiga, doctor —empezó a decir detrás de mí el hombre del café—.
No va a despertar. Mire. No va a despertar.

—¡Laina! —ya no dije más su nombre. Empecé a sollozar, a hacer un ruido agudo mientras lagrimeaba tanto que ya ni veía, aún meneando la cabeza de Laina.

—¡Doctor! Lo siento mucho, ¡pero debemos irnos de aquí! ¡Debemos irnos!

—¡NADIE SE VA A IR! —retumbó de pronto una espantosa voz.

Me volví muerto de terror, a tiempo de ver que una mano negruzca se había puesto sobre la cara del hombre del café. El tipo se quiso dirigir las dos manos a la cara para intentar liberarse por acto reflejo, y la luz del móvil alumbró fugazmente a ambos: al hombre y a la mujer descabellada que era el androide. La robot esbozaba una delirante sonrisa de brillantes

dientes blancos en mitad de una cara cuarteada con la textura del alquitrán, y que gesticulaba con la eficiencia de cualquier rostro humano, dándole un aspecto grotesco. Uno de sus ojos parecía salido de su órbita a falta de párpado, y el otro no dejaba de parpadear de manera compulsiva e ininterrumpida, dando la impresión de que no era algo tan simple como un robot con mal funcionamiento, si no un ente biológico con alguna clase de peligroso trastorno mental, y en mitad de la peor de sus crisis. Sus escasos cabellos quemados y crispados se agitaban como diapasones. Y como una broma macabra, acerté a distinguir que la robot ponía su otra mano alrededor del cuello del hombre, y tiraba hacia arriba y hacia atrás con la primera. Le había agarrado del labio superior y estaba tirando con una fuerza tal que toda la piel empezó a desprendérsele del cráneo, y lo que empezó a asomar debajo era como una copia en rojo del mismo rostro desfigurado y sin nariz que tenía la robot por encima de él. El hombre del café gritaba. Nada concreto, sólo un grito monocorde al que empezó a hacer comparsa la androide, estallando a rugir desesperada, como victoriosa mientras se cobraba aquella piel. Pero ella sí hablaba.

—¡NADIE SE VA A IR, NADIE SE VA A IR, NADIE SE VA A IR...!

El hombre del café dejó caer el teléfono, que enseguida recuperé y dirigí de nuevo hacia ellos. A tiempo de ver que ella le cogía la cabeza con ambas manos, tras haberle puesto colgando toda la piel desgarrada de la cara por el lado de la nuca. Dio un repentino giro que hizo crujir muy fuerte el cuello del hombre, y siguió moviendo las manos a toda velocidad en el mismo sentido, como si desenroscara un gran tapón. La piel y la carne, y los músculos del cuello, no tardaron en irse desgarrando de manera secuencial y progresiva, como una especie de repugnante versión de rayos X. La cabeza acabó separada al fin, y el cuerpo cayó sobre su espalda, mientras la mujer descabellada me miraba, con la cabeza aún en las manos. Incliné la suya hacia su hombro derecho, alzó la del hombre, despellejada, junto a su cara, y esbozó

una espeluznante sonrisa, estirajando mucho más de lo posible para una mujer humana su imitación de labios carbonizados.

—¿Y TÚ?! ¿TÚ TE VAS A IR?! —me gritó con su horrible voz chillona de institutriz. Allí dentro aquel volumen insoportable me hacía vibrar todos los órganos— ¡¡NADIE SE VA A IR!!

Sin dejar de iluminarla con el móvil, me arrastré a un lado sobre mi espalda, alejándome de los cadáveres de Laina y del hombre del café. Ella mantuvo sobre mí su mirada delirante de un ojo fijo y el otro palpitante. Y empezó a avanzar hacia mí. Muy despacio, pero con el cono sucio de su faldón inmóvil, dándome la impresión de moverse por efecto de alguna levitación sobrenatural más que por acción de sus piernas mecánicas. Mi sombrero se espachurró contra mi coronilla cuando llegué a golpearme contra las estanterías. La mujer descabellada se acercaba aún. Despacio. Imparable. Descubriéndose más y más ante la luz verde y enfermiza de mi móvil. Su sonrisa y su mirada, su perfecta expresión de enloquecido sadismo, habiéndose vuelto el centro de toda mi existencia, y su probable final.

Y la mujer descabellada se detuvo.

—Zamis. Zamis. Zamis. Zamis —la robot, de golpe, había abandonado su expresión de locura a cambio de una por completo neutra. El ojo que conservaba su párpado dejó de palpar, habiéndose quedado cerrado, y el otro me miraba directamente—. Zamis. No sé por cuánto tiempo podré contenerla. Zamis. Debes irte. Zamis. Vete ya. Zamis. No me olvides. No me olvides. No me olvides. No me olvides...

La robot se quedó en esa posición repitiendo aquella frase, “no me olvides”. Estaba paralizado de estupor. La voz era la de la robot, pero la manera de hablar, las pausas y modo de pronunciar, eran sin duda los de Laina. Me puse en pie y me acerqué a la robot. Seguía mirando a mi anterior posición en el suelo.

—Laina. ¿Laina?

—No me olvides. No me olvides. No ME OLvides. NO me OLVIDES. NO ME OLVIDES.

La máquina estaba empezando a gritar como lo había estado haciendo en su estado homicida, y su cara volvía a transfigurarse en convulsiones grotescas. No necesité más. Eché a correr de vuelta por el pasillo y hacia la escalerilla. Me parecía que, a la vuelta, no estaba siguiendo el mismo camino por el que habíamos entrado, y me desesperé, pero me convencí de que era una sensación que me traía la cercana oscuridad y el no conocer bien el sitio. Me mantuve firme en mi huida.

—NO ME OLVIDES, NO ME OLVIDES, NO ME OLVIDES —rugía cada vez más alto y más fuerte la máquina, desde la profunda oscuridad.

Ya estaba llegando hacia la luz del sol más allá de la puerta al sótano, cuando oí a la androide soltar un furioso grito sin palabras que se acercaba a toda velocidad. ¿Cómo podía ser tan rápida? Me quedaba poco para salir, pero estaba seguro de no lograrlo.

—TE QUEDAS —oí de pronto que gritaba la androide, justo detrás, mientras yo aún me arrastraba por los escalones hacia el exterior.

Me volví sobre mi espalda, sabiéndome perdido, a tiempo de ver que el largo y rotundo brazo de Sit-Bu pasaba por encima de mí y le propinaba un poderoso puñetazo a la mujer robot. Ésta salió proyectada contra el techo bajo del subterráneo y rebotó contra el suelo varias veces, hasta ir a colarse por el pasillo de oscuridad, arrastrada por la inercia con un fuerte chirrido.

—Yo le protegeré, doctor Knasindaim —dijo la voz de mi robot de carga.

Y comprendí lo que había pasado. El hombre del café le había programado para protegernos. Pero al no tenernos cerca, habría dejado a la mujer descabellada pasar tras nosotros sin presentarle batalla... porque desde ahí, no tenía a quién proteger.

Me arrastré fuera y me guardé el móvil mientras me incorporaba, casi caminando a tres patas usando uno de mis brazos.

—Gracias, Sit-Bu, gracias, me has salvado. Gracias.

—No se merecen, doctor Knasindaim.

—Vámonos hasta la camioneta. ¡Protégeme hasta allí!

—Por supuesto, doctor Knasindaim.

La androide gritaba de nuevo, y su voz volvía a acercarse en menos de dos segundos hasta donde yo estaba. Seguía reptando a tres o cuatro patas, según me veía de fuerzas en los riñones a cada segundo. Sentí que Sit-Bu giraba a gran velocidad su torso y brazos por encima de mí. Miré hacia atrás, y vi a la robot aterrizar bastante más lejos, rebotando sobre la tierra seca con su torso y extremidades tíasas como un bloque de piedra. Enseguida se incorporó, con gran parte de su vestido raído, y la carne artificial de sus piernas y brazos arrancada a jirones que colgaban de ella como pellejos de un pollo asado, entre chamuscados y tiernos.

—Maldita sea. No se va a detener, la muy puta —gruñí para mí. Supe que no podría subirme a la camioneta para conducir sin perder la protección indispensable de Sit-Bu. Así que no me quedaba otra que asegurarme de que no podría seguirnos—. Sit-Bu, cuando se vuelva a acercar, no la golpees. Agárrala. Y sepárale las piernas.

—Por supuesto, doctor Knasindaim —me contestó el robot.

La mujer descabellada se lanzó corriendo de nuevo hacia mí, intentando rodear a Sit-Bu para alcanzarme, pero éste previó de nuevo, de manera exacta, su movimiento, y acertó a agarrarla entre sus enormes manos de Mickey Mouse.

—¡Ahora Sit-Bu! ¡Arráncale las putas piernas!

—Esa lengua, doctor Knasindaim. Lo voy a hacer de todos modos —me regañó el maldito robot. Pero se puso a tirar del torso y de las piernas, apretados cada parte en cada una de sus enormes manos blancas. Y tiró al tiempo que retorció el cuerpo humanoide. Partió las uniones mecánicas de la androide. Por muy de titanio que fuera, sus articulaciones eran un punto débil estructural—. ¿Lo ve? Lo estoy haciendo. No es necesario ser maleducado.

—¡Sí! ¡Sigue así, arráncale los brazos también! ¡Vamos Sit-Bu!

El robot de carga dejó caer las piernas inútiles de la androide, y con cierta delicadeza manipuló el torso entre sus grandes y rechonchos dedos para ejercitar enseguida el desmembramiento según se lo iba pidiendo.

—La cabeza. Arráncale esa puta cabeza de mierda —ordené sombrío, enfrentando la mirada enloquecida y la sonrisa exagerada que aún mantenía la androide—. ¿De qué te ríes?

Sit-Bu le arrancó la cabeza, y ésta siguió sonriendo y parpadeando a pesar de todo. El robot de carga dejó torso y cabeza caer al suelo, y permanecimos unos minutos así, contemplando los trozos. Quería asegurarme de que no podía hacer daño alguno. La única parte con algo de funcionamiento era la cabeza, su continuo parpadear en aquel ojo. Pero su mirada ya no me seguía.

—Vámonos Sit-Bu —ordené al robot—. Sube a la camioneta.

—Por supuesto, doctor Knasindaim.

Y nos fuimos de allí. Tan pronto como comprobé que ya podía volver a llamar, informé a las autoridades para que acudieran. Intentaron hacerme regresar para una serie de

interrogatorios recorriendo el lugar, pero me he negado en redondo a volver a cualquiera de las dos partes de Havenrock. Sí he contribuido mediante el visionado de fotografías y vídeos de los escenarios y cuerpos que encontraron. Pero, al parecer, lo único con lo que no han logrado dar, pese a tener constancia testimonial y de hechos de que existió tal cual, es con ninguna de las piezas desmembradas por Sit-Bu de la mujer descabellada.

Y así ha sido mi existencia desde entonces. Una continua sensación de que al final sí que hay misterios que la humanidad no ha podido esclarecer con la ciencia y que, quizá, no vaya a poder hacerlo nunca. Y no lo digo por la extraña capacidad de evolución perversa de la inteligencia artificial de la androide modelo supernanny, protagonista de mis eternas pesadillas por las noches y mis nerviosas paranoias durante los días. Esta sensación viene del hecho de estar seguro de que he oído a mi querida Laina hablándome a través de la androide enloquecida.

De saber de forma fehaciente que, mi fiel y risueña ayudante, me ha salvado la vida desde el más allá.

FIN